



## CORRESPONDENCIA

## GOLFO DE GUINEA

*Muerte edificante de dos indígenas*

**L**A primera, escribe el R. P. Ramón Riverola, misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, se verificó en un niño del colegio, llamado Agustín Nkuma. A pesar de venir sobrellevando la enfermedad que le condujo al sepulcro más de tres años había, era el más adelantado y en el que brillaban mejores cualidades: en las diversas correrías que se hacen por los pueblos comarcanos había sido intérprete, y en cierta ocasión manifestó los sentimientos de gratitud, propios y de sus colegas, en una carta dirigida á los bienhechores de Vich, que tanto se interesan por estas Misiones.

Tres meses antes de su muerte sufrió algunos paroxismos que nos alarmaron, obligándonos á administrarle los Santos Sacramentos. Volvió en sí, y el poco tiempo que le restó de vida no lo empleó más que en disponerse para morir; estaba muy conforme y resignado á la voluntad de Dios. Cuando le hablaba alguno de la muerte y de la necesidad de prepararse, se hallaba tan sereno y tranquilo, como si por momentos la esperara. Por fin, Dios dispuso de su vida, después de nueve horas de agonía, acompañada de un violento y fuerte estertor y de agudos dolores que le causaban convulsiones terribles, en medio de las cuales repetía las jaculatorias que se le sugerían y los dulcísimos nombres de Jesús y de María. Murió, asistido constantemente por uno de los Padres, el Domingo de Ramos, después de haber recibido todos los auxilios de la Religión.

El caso siguiente aconteció en un anciano, catecúmeno, de tribu benga, á quien instruíamos para que muriera cristiano, según él deseaba. Al regreso de la visita que uno de los Padres giró á los cristianos de Uloba, ocurrióle visitar también al predicho catecúmeno, cuya morada estaba algo distante del punto por donde pasaba, mas atendido el notable cansancio consiguiente á las fatigas de todo aquel día, el exponerse

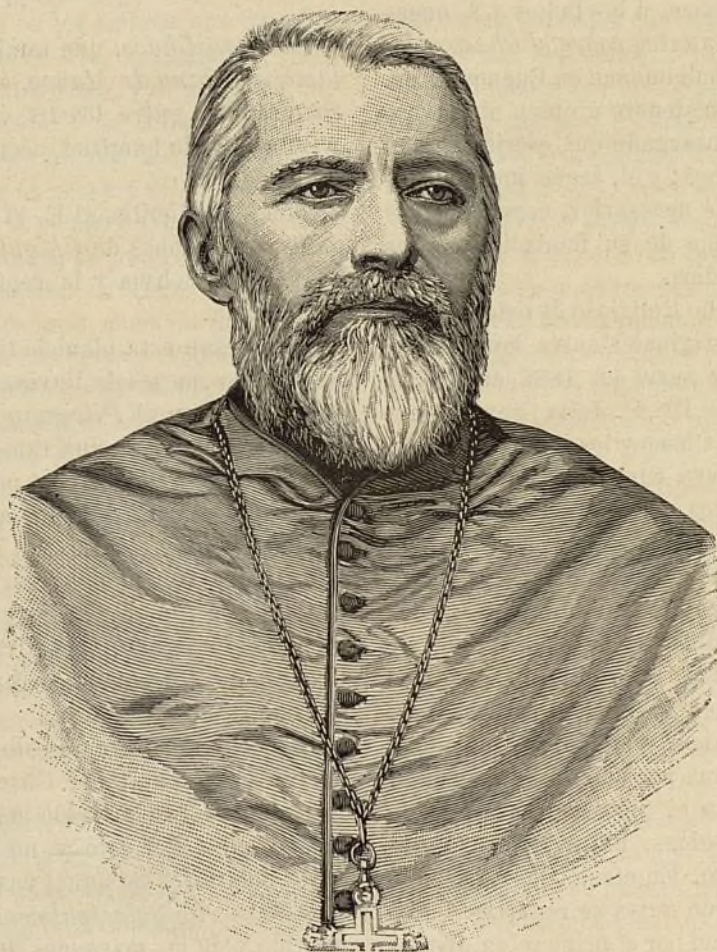
á llegar muy tarde á casa y el suponer que el anciano podía aun vivir algún tiempo, no le pareció prudente satisfacer su propia inclinación á visitarle.

Llegado á casa, después de rezado el Santo Rosario, se presentan dos hombres de entera confianza, anunciándonos que el anciano catecúmeno había fallecido y había que tomar las providencias para enterrarle. Apenados y perplejos por suponer tristemente cierta la noticia del fallecimiento sin haber recibido el bautismo, creímos, no obstante, oportuno cerciorarnos por nosotros mismos de la verdad del suceso, á pesar de la obscuridad de la noche y de la distancia de tres kilómetros que debíamos salvar; pero advertimos que la marea estaba en su máximum y nos impediría el paso:

en vista de esto, propusimos nuestro intento á dos niños, quienes gustosos se ofrecieron á enterrarse de lo ocurrido. Toman, pues, una linterna y un frasco de agua bendita, van en dirección á la playa, vadean á lo largo un buen trozo de aquella, hasta llegar á la casa del supuesto difunto, á quien con agradable sorpresa hallaron gozando de vida: preguntándole lo necesario para recibir el santo Bautismo; y respondiendo satisfactoriamente, él mismo pidió que se lo administraran; el mayor de los muchachos cumplió los deseos del enfermo, regresando presurosos y contentos á darnos nueva tan placentera. Sobrevivió algunos días, durante los cuales pudo ser instruido suficientemente para recibir los Sacramentos que le faltaban, falleciendo poco después fortalecido con todos ellos, muy contento y satisfecho. Una circunstancia ocurrió que tuvieron por maravillosa los que la presenciaron: el Padre misionero había fijado en la pared, junto á la cual se hallaba el enfermo, una estampa del Corazón de María para consuelo del enfermo, cuando he aquí que sin saber cómo, se desprende la estampa de su lugar y se coloca sobre el corazón del enfermo, como para darle esfuerzo y aliento, y patentizar que también con estos pobrecitos se muestra cariñosa y paternal la Providencia del Señor y la misericordia del Corazón Inmaculado de María, su Madre.

Estas defunciones, que acaso por lo frecuentes, pasarían desapercibidas en países civilizados y católicos, tienen aquí muy alta significación; tanto por constituir el fruto seguro de nuestras fatigas, lo cual es de no

45 Agosto 1896



ILMO. COLOMBERT, vicario apostólico de la Cochinchina Occidental. (Pág. 384)



pequeño consuelo para nosotros, como por la multitud de enseñanzas prácticas y de actos públicos de virtud y religión á que dan margen los antecedentes, concomitantes y consiguientes de dichas defunciones, por parte de los misioneros y por parte de los mismos indígenas.

## AMÉRICA MERIDIONAL

### APUNTES SOBRE EL CHACO Y LOS INDIOS QUE LO HABITAN

El R. P. Fr. Joaquín Remedi, misionero franciscano, desde Salta, colegio de San Diego, escribe el 20 de Mayo de 1894 al reverendo P. Fr. Nazareno Morosini, prefecto de Misiones:

Aquí tiene, reverendo Padre, los escritos que me ha pedido relativos al Chaco, á los indios y á nuestras Misiones. Los *Apuntes sobre el Chaco y los Indios* los escribí en 1870, hallándome en Buenos Aires, á petición de un Religioso misionero á quien el muy reverendo P. Pellicci había encargado que escribiese una Relación de nuestras Misiones; y él, según me manifestó, carecía de los datos más necesarios, especialmente respecto á los primeros años de su fundación y á las costumbres y usos de los indios.

Ignoro el uso que hizo dicho Religioso de estos *Apuntes*, que volví á encontrar originales entre los papeles del P. Pellicci. De éstos me serví en 1882 cuando el malogrado explorador francés Dr. D. Julio Crevaux, me pidió algunos datos sobre el Chaco y los indios maticos, su lengua y costumbres; pero tuve que modificarlos, suprimiendo la parte histórica y otras cosas que no venían al caso, y me extendí un poco más sobre la lengua de los maticos. Así modificados los remití desde Cafayate, donde me hallaba, al Sr. Zorreguieta, para que les enviase al Dr. Crevaux; y dicho señor los hizo publicar en un periódico de esta ciudad, pero salieron plagados de errores por no haber quien corrigiese las pruebas.

Ahora he vuelto á retocarlos, y añadido algunas cosas, suprimiendo muchas otras por amor á la brevedad.

Desde el año 1870 hasta el presente han variado mucho las condiciones geológicas, hidrográficas, etnográficas y políticas del Chaco. En efecto, desde ocho ó diez años todas las aguas, que antes se repartían entre el Teuco y el Bermejo, corren por el primero en distancia de cuatro, seis y ocho leguas del cauce antiguo; nuestras Misiones fueron destruídas por el mismo río en 1875, y en 1884 el Congreso de la nación determinó los límites de las provincias fronterizas, y declaró territorio nacional lo restante del Chaco argentino, dividiéndolo en dos gobernaciones.

Los misioneros de este Colegio no fundaron otras Misiones por no haber podido conseguir el terreno necesario: el *Memorial* que presenté al Gobierno el año 70 no dió otro resultado que una recomendación al gobernador de esta provincia y al comandante de la frontera del Chaco sobre el modo de tratar á los indios: ni lo tuvo mejor el informe del año 72. Sin embargo, los misioneros, desde que se perdieron las dos Misiones existentes, emprendieron viajes para establecerlas en las fronteras del Chaco; pero no hallando lugares á propósito fundaron en 1880 la Misión de Miraflores sobre la costa del Río Pasaje, con unas treinta familias de indios,

pertenecientes á las Misiones destruídas; pero éstos en la época del cólera se dispersaron, y se volvieron al Chaco casi todos. En estos últimos años se han hecho dos entradas al interior del Chaco; pero hasta ahora no se ha hallado un lugar que reúna las condiciones necesarias para una población estable. Sin embargo, no hay que perder la esperanza; y no dudo que el nuevo Prefecto, que en breve será nombrado, continuará las diligencias para restablecer alguna Misión entre los indios del Chaco.

De todos modos, estos apuntes quedarán como una Memoria de lo que han hecho y sufrido los misioneros de este Colegio para reducir al Catolicismo á los indios del Chaco.

## I

El *Gran Chaco*, que también se llama *Chaco Guaylamba* y *Llano de Manso*, es una planicie muy extensa comprendida entre los 18° y 30° de latitud meridional, y 60° y 65° de longitud occidental desde el meridiano de París.

Tiene por límites al E. el Río *Paraguay*, al N. las antiguas Misiones de *Chiquitos* en la república de Bolivia, al O. Bolivia y la república Argentina, y al S. esta última.

Atraviesan esta planicie tres ríos principales, caudalosos en los meses de lluvia, á saber: Enero, Febrero y Marzo, y son el *Pilcomayo*, el *Bermejo* y el *Salado*; los que, al bajar de una rama de la Cordillera á los llanos del Chaco, corren casi paralelos de N. O. á S. E. y tributan el caudal de sus aguas, los dos primeros al río Paraguay, y el último al Paraná cerca de Santa Fe.

La parte N. de este territorio hasta el Pilcomayo pertenece á Bolivia; al Este tiene un pedazo la República del Paraguay, y la parte S. desde el grado 22 y el curso de Pilcomayo corresponde á la república Argentina.

He recorrido parte de estos tres ríos y sus riberas en la zona occidental del Chaco, pero conozco mejor el Bermejo por haber vivido más de doce años en sus inmediaciones. Por esto y no teniendo sino muy pocos datos científicos de aquel vasto territorio, me ocuparé en este escrito *principalmente* del Chaco Occidental argentino y de las márgenes del Bermejo, según los conocimientos prácticos que tengo; y también de los usos, costumbres y lengua de los indios maticos, aunque lo que diré puede aplicarse con raras excepciones á todo el Chaco, menos á la zona oriental, que, según los informes recibidos, se halla en mejores condiciones que las zonas media y occidental.

## II

La planicie del Chaco es poco menos que horizontal, y la pequeña inclinación que tiene se halla interrumpida por las desigualdades del terreno, prominencias y oteros, formadas casi siempre de aluviones en años ó en siglos anteriores, que desvían el curso de las aguas; á lo que contribuye también el terreno arenisco y deleznable.

Por estas causas los tres ríos mencionados, particularmente el Bermejo y el Pilcomayo, tan luego como llegan



á pisar el territorio del Chaco dejan la piedra, no tienen cauce hondo ni lecho fijo y seguro, á lo menos en la zona media y occidental, van serpeando por aquella llanura, dando grandes vueltas y formando inmensos anegados, las aguas se dividen y subdividen en muchos brazos, y después de haber llenado los bajos, charcos, etc., vuelven á reunirse entre sí y con el cauce principal. Quedan en seco algunas prominencias, casi todas de poca extensión; y allí hay que establecer las poblaciones, porque donde no alcanza el agua de los ríos ó de sus brazos, son terrenos áridos y sin agua segura.

Estas variaciones con motivo del poco declive y del terreno deleznable se explican del modo siguiente: 1.º las aguas del río Bermejo, por hablar de este solo, en tiempo de crecientes van cargadas y como saturadas de tierra, la que depositan en los campos que inundan: éstos poco á poco se levantan con los enlames hasta ponerse á nivel de las prominencias, y el agua no pudiendo ya derramarse, rompe y se abre camino por donde puede, y muchas veces inunda las prominencias, cubiertas de árboles; éstos se secan y son quemados, y aquéllas quedan reducidas á campos bañados; y en los que ha dejado de subir el agua, se van criando árboles y quedan reducidos á bosques. 2.º Otras veces estos cambios son bruscos y repentinos, pues en las grandes avenidas el río arrastra mucha tierra, troncos y árboles que de ordinario se introducen en los brazos principales, y si un árbol encuentra por casualidad algún estorbo, y se detiene sin que el agua pueda arrastrarlo, llegan otros más, y luego se forma una paladiza, y un banco de arena: el agua represada se levanta, inunda las adyacencias, y por fin rompe por donde encuentra más blando el terreno y el declive más pronunciado. 3.º También por las muchas vueltas que da el río sucede no pocas veces que en un punto ó en otro las aguas gastan y derrumban el borde hasta encontrar un bajo ó cauce botado, y por ahí enderezan y comienzan á correr, formando un brazo ó tal vez el cauce principal en pocos días.

De lo dicho se puede fácilmente colegir: 1.º Que los terrenos del Chaco en ambas márgenes del río Bermejo, y aun á mucha distancia, en la zona occidental y media, se hallan todavía en estado de formación. 2.º Que el problema de su navegación *periódica y permanente* hasta tocar la provincia de Salta, no podrá resolverse hasta que cambien las condiciones geológicas de aquellos terrenos. 3.º Que los mejores oteros ó prominencias, aunque poblados de árboles seculares, son aluviones del Bermejo, y no ofrecen seguridad para poblaciones fijas y duraderas, porque lo que ha hecho el río puede deshacerlo, y por donde ha corrido un vez puede volver á correr.

### III

El clima del Chaco es muy sano: la temperatura es cálida y seca: el calor en verano sube hasta 46 grados del centígrado á la sombra, y en invierno llega á un grado bajo cero: vientos dominantes S. y N. Las lluvias son escasas, y de ordinario desde Abril hasta Noviembre no cae ni una gota, ó á lo menos alguna llovizna en invierno, ó algún aguacerito en primavera, que apenas llega á apagar el polvo. Los terrenos del Chaco contie-

nen salitre en distintas proporciones según la diferencia de los lugares; el agua de los pozos cavados en los oteros es salada, pero se consigue agua potable cavándolos en los cauces abandonados por las aguas del río, á los seis ó siete metros.

Penetrando unas veinte leguas en el interior del Chaco por la parte de Orán ó de la frontera E. de Salta, ya no se ven cerros ni lomas: se halla uno como sumido en aquellos bosques y campos. Sin embargo, no hay monotonía, y se presentan á la vista variadas perspectivas; ora campos tapizados de verdes pastos, bordados con grupos de árboles y orlados con una faja de montes que se divisa en lontananza; ora extensos palmares con sus fustes esbeltos y sus copas majestuosamente elevadas; acá montes de árboles más ó menos espesos y elevados; allá oteros estériles con arbustos raquíticos y cubiertos de espinas; ora cauces formados por las aguas del río y abandonados que en todas direcciones cruzan aquellos montes y campos; ya brazos del mismo río con aguas corrientes ó estancadas. Todo esto alucina fácilmente al que viaja por el Chaco en los meses de otoño y de invierno; pero en primavera y en verano presenta un aspecto muy diferente: en primavera las prominencias ó bordos áridos y quemados por un sol abrasador, y en verano los campos inundados, llenos los cauces y brazos del río, las casas aisladas y como sitiadas por el agua, y sus moradores condenados á vivir en un otero muy estrecho sin poder salir á ninguna parte sino es cruzando aguas y pantanos. Podría extenderme mucho más en esta descripción topográfica, geológica é hidrográfica del Chaco, pero creo que lo dicho es suficiente para que cualquiera pueda formarse una idea de aquel territorio.

### IV

Aunque el Chaco por su temperamento seco y terreno salitroso no tiene la vegetación vigorosa y exuberante de la zona tropical, tampoco se halla tan escueto como las *Pampas*: tiene sus grandes bosques, y estoy por decir que todo el Chaco sería un solo bosque á no estorbarlo las aguas de los ríos; pero estos bosques no son elevados sino cuanto más á la altura de 10 ó 12 metros, y las palmas pueden llegar hasta 15 ó 20.

Las maderas más comunes y conocidas son: el algarrobo, el chañar, el mistol, el vinal, el palo santo, el palo blanco y amarillo, el quebracho morado blanco, el guayacán, el pacará, la mora, el espinillo, el yuchán, el sauce cerca de las aguas, y la palma. Las frutas silvestres son: la algarroba, el chañar, mistol, vinal, tusca, taci y otras frutas que sirven de alimento á los animales, á los indios, á los mismos cristianos, en especial la algarroba, con la que, molida y fermentada, hacen también la aloja, que es una bebida muy agradable y embriagante.

Hay también en el Chaco muchas plantas tintóreas y medicinales.

Los terrenos del Chaco, teniendo la suficiente humedad, son muy fértiles, en especial los desmontes nuevos, y se produce el trigo, maíz, arroz, mandioca, batatas, etc.: también la caña dulce, algodón, tabaco, naranjos, higueras, parras, duraznos, etc.

Pero esa humedad no se halla sino en los terrenos



bañados, donde no puede sembrarse más que trigo y algunas hortalizas; y el maíz corre peligro de quedar tapado con las nuevas crecientes antes de estar en sazón. Por otra parte la cosecha del primer año no compensa los gastos de cercos, desmontes, etc., y si el año siguiente no baña el terreno cercado, por los cambios arriba indicados, no se puede sembrar por falta de humedad. Donde no suben las aguas del río, las cosechas son del todo inseguras por la escasez de lluvias, el terreno arenisco y los calores muy fuertes; y no se puede sacar riego por el poco declive y los accidentes del terreno. El algodón y el tabaco hay que plantarlo en los oteros, y no se puede hacer sino en Diciembre ó Enero, y de ordinario lo toma alguna helada antes que llegue á su madurez. De manera que las cosechas del Chaco no alcanzan ni para el gasto de sus pobladores, y las más de las veces lo poco que recogen les cuesta más que si lo hubieran comprado. El mejor producto de aquellos lugares y el más seguro es la cría de ganado vacuno, caballar y cabrío; pero éste también tiene sus contingencias, porque los pastos no son firmes, y se pierden fácilmente donde paze bastante hacienda, en especial si los campos no son fertilizados por las aguas del Bermejo, de tal modo que, en los campos donde veinticinco ó treinta años atrás engordaba el ganado como en potreros de alfalfa y cebada, hoy se muere de inanición; y para evitar esto los dueños tienen que mudarse ó despachar la mayor parte de su ganado á los bañados ó á los campos vírgenes de más afuera y más abajo. Los tres ríos que atraviesan el Chaco, á pesar de todos los inconvenientes y contingencias que acarreen, son los que le dan vida; y si llegasen á canalizarse definitivamente, el Chaco sería, como el desierto del Sahara, inhabitable menos en sus riberas.

Los ríos del Chaco, y especialmente el Bermejo con sus brazos, crían pescados en abundancia, distintos por su grandor, por su forma y su gusto. Las especies principales son: el róbalo y el zurubí, que son los más grandes pues se encuentran del peso de cuarenta á sesenta kilos, el dorado, el vagre, el armado, la palometa, el sábalo, el pacú, la boga, el dentado, la boya, la anguila, la vieja y otros pescados más pequeños. Los anfibios más conocidos son: el yacaré ó caimán, el lobo de agua, el carpincho y la higuana; aunque estos dos últimos no pueden llamarse tales en todo rigor. Se crían también en el Chaco mucha variedad de aves acuáticas y terrestres, desde el julo y el avestruz hasta el picaflor y pájaro mosca, como son: gansos, patos, garzas, pelícanos, parinas, cuervos, chuñas, charatas, palomas, perdices, calandrias, cardenales, etc. Los cuadrúpedos más conocidos son: el tigre-jaguar, el león-puma, el aguará, la anta, el jabalí, el gato montés, el ciervo, el venado, la corza ó cabra montés, el mayoato, zorro, zorrino, viscacha, quirquincho, conejos, etc. Hay también muchos reptiles venenosos, serpientes, víboras, escorpiones, apasancas; infinidad de insectos molestos como vinchucas, hormigas, niguas y usapucas.

Hubiera deseado detenerme en la descripción más detallada de la flora ó Fauna del Chaco, pero me llevaría demasiado lejos: por esto me abstengo, y paso á hablar de los indios.

## ECUADOR

USOS Y COSTUMBRES DE LOS SALVAJES, Y TRABAJOS DE UN MISIONERO, POR EL R. P. FR. ENRIQUE VACAS Y GALINDO, DE LA ORDEN DE PREDICADORES.

### XI

*El jívaro y el misionero (continuación)*

CUÁN difícil le es al misionero vivir entre los jívaros; cuán peligroso confiar una vida indefensa en manos de lobos carnívoros; qué heroísmo, qué verdadero motivo dejar deslizarse los mejores años de una vida tal vez preciosa y de un corazón indudablemente generoso y quizá de altas y nobles aspiraciones, junto á una raza degradada, en la soledad de un desierto, rodeado de fieras y amagado á cada instante de ver apagada la luz de su existencia! El abandono del misionero en medio del laberinto de las selvas, ó sea en ese mar agitado é inconmensurable de verdura, ó más bien en el abismo de catacumbas de follaje, más vastas, más desconocidas y misteriosas que las de Roma, donde los elementos de la naturaleza se desencadenan diariamente con rasgos de inaudito tumulto; en estas regiones de abundantísimas lluvias y calores extremados; donde las tempestades revuelven los vientos sobre la cabeza; donde las privaciones y sufrimientos de diferente y variado género son el alimento cotidiano de la vida apostólica; donde, sobre todo, las molestias y continuo fastidio de tratar con gente inculta, salvaje y hasta brutal, y tolerar sus caprichos, sus bajezas, sus demasías, su ruindad; todo esto y mucho más hace un martirio de todos los días, violento y prolongado que á veces es más insupportable que la misma muerte en medio de tormentos.

Bien es que el odio y sangriento furor de los jívaros se desencadenan, como los vientos de su región, sólo contra sí mismos; bien es que al blanco pacífico y bienhechor ordinariamente nada le sucede, ni llega á turbar la paz de sus tranquilos lares el torbellino de la tempestad; bien es que al sacerdote, ya por su carácter, ya por su desprendimiento, ya por su desinterés y liberalidad, le miran como un ser algo más digno de respeto y consideración que á los demás de la misma raza blanca; pero es cierto también que no una sino mil veces está asechada su vida, precisamente como lo está la de una oveja rodeada de lobos, á la que éstos respetan por su mansedumbre más bien que por sus medios de defensa, sobre todo cuando con evangélica entereza trata el misionero de reprimir sus demasías, y poner dique al impetuoso desborde de brutales pasiones.

¿Qué les cuesta, en efecto, asesinar al misionero, solitario, indefenso, ya en la noche ó á cualquier hora del día, armarle una celada y arrebatárle la vida, ó presentarse francamente y clavar puñal homicida en el pecho del hombre que les irrita? ¿Cuántas veces no se han visto en ese caso estos apóstoles, gozosos en presencia del martirio y con ardientes deseos de sellar con su sangre la fe que predicaban? ¿Cuántas veces han sentido fría la desnuda y helada cuchilla frente á su pecho? ¡Oh, si Dios no les hubiese salvado! ¡si su serenidad y á veces su audacia no les hubiese cubierto, como



acerado escudo, á las agresoras lanzas, y no les hubiesen inspirado valor y energía para sobreponerse á sus verdugos!

¡Cómo no exclamaremos con razón: ¡Oh profundos misterios del corazón humano! ¡Oh estupendos prodigios de la gracia divina! ¡Oh virtud maravillosa y admirablemente fecunda del Cristianismo, que infundes tan heroico valor á millares de ministros de Jesucristo que, á imitación de su soberano y divino Modelo, *que se anonadó y tomó la forma de siervo por redimir al linaje humano*, han abandonado también comodidades, bienestar, halagos y una vida rodeada de encantos, por arrostrar la tormenta deshecha en un océano de sufrimientos! Testigos los Mártires del imperio de la China, del reino del Tung-king, de las islas del Japón; testi-

encontrar una sola de éstas, reunir á cada familia y por medio de regalos y agasajos conseguir que permitieran por un rato la explicación de las verdades naturales más obvias y de los primeros fundamentos de la fe cristiana.

Júzguese del trabajo de estas excursiones y de su resultado, por lo que hemos dicho de la manera penosa de viajar en medio del bosque, por sus enmarañadas y peligrosas sendas, y por el ejemplo que dimos en la casa de los famosos capitanes Uisuma y Yumala, al pie de su famoso castillo. Sin embargo, el deseo de derramar la palabra de Dios, de difundir la semilla del Evangelio y buscar la salvación siquiera de alguna alma elegida que hubiere en la soledad, ha sido el móvil poderoso de frecuentes y tamañas empresas.



NORUEGA.—Drammen. (Pág. 376)

gos los héroes cristianos de los desiertos de Africa, de las soledades de Oceanía, de las inmensas selvas de América...

Los misioneros Dominicanos han empleado dos principales medios de trabajar en la conversión de los jívaros: excursiones apostólicas y escuelas.

Siendo de todo punto imposible reunir á la generalidad de los jívaros y atraerlos hacia el misionero, especialmente á las mujeres y los niños que, en su mayor parte, jamás tienen ocasión de acercarse al sacerdote, los misioneros se han visto en la imperiosa necesidad de recorrer las selvas á pie, con ingente trabajo, durante días, semanas y hasta meses enteros, é ir de casa en casa, muchas veces caminando dos y tres días para

El segundo medio de misionar á los jívaros han sido las escuelas.

La primera de nuestras escuelas la estableció el R. P. Francisco de Lasplanas, el año 1888, en la jivaria de Arapicos, á una jornada de Macas. Como veinte niños de naturaleza salvaje, sí, pero de bella índole, vivos, inteligentes, aplicados, dóciles, frescos y lozanos como los albores de la infancia, frecuentaban la escuela con entusiasmo y constancia increíbles; reuníanse todos al rededor del venerable sacerdote y recibían gustosos sus enseñanzas. ¡Oh, cuán halagüeños y consoladores parecían los primeros frutos! ¡Cuántas esperanzas, qué lisonjero porvenir prometían!

El Padre llenóles de regalos; muchas ofrendas presentó á los parientes para que mantuvieran con igual



firmeza á los niños, y á estos diariamente los estimulaba con nuevos dones. Transcurrido algún tiempo el Padre vió agotados todos sus recursos; importunado un día con repetidas demandas, les dijo:

—No tengo ya que daros, por haberlo empleado todo en vosotros mismos.

El más atrevido le replicó:

—Si no tienes que darnos, lárgate de aquí; nosotros no queremos un Padre pobre.

Luego tercamente fueron separados de la escuela todos los niños.

El Padre se vió en la precisión de retirarse por el momento, tanto más que fué acometido por un terrible reumatismo, y un deshecho invierno le dejaba incomunicado con Macas, para no poder ser socorrido con los alimentos necesarios.

Terminado el invierno se pensó en el restablecimiento de la escuela de Arapicos; pero mientras por una parte, los torrenciales aguaceros de la selva y los espantosos derrumbes de grandes terrenos imposibilitaron el tránsito por esos caminos, por otra los principales jívaros marcharon al Maraón, en cuyo viaje debían tardar como medio año. Además, agravada notablemente la enfermedad del P. de Lasplanes, fué llamado por los superiores y salió de la Misión.

A fines del mismo año 1888 los misioneros establecieron la segunda escuela en la jivaría del capitán Timasa. Este se presentó á la cabeza de quince niños llenos de contento y entusiasmo, á dar principio á la escuela. Todos ellos en torno al misionero, atentos pendían de su palabra, y á su presencia disputábanse el honor de salir unos más aprovechados que otros: no hay que decirlo, Timasa se llevaba la palma.

¡Cuán consolado se sentía el misionero, y su corazón cuán rebotante de júbilo, al explicarles las primeras verdades de la fe; al oírles rezar en su propia lengua, deletrear en la tabla y trazar con notable habilidad las letras en la pizarra!

Bellos y candorosos, enriquecidos de inteligencia despejada y humano corazón nacen los jívaros: sólo en la pubertad, al apurar el amargo veneno de bestiales apetitos, y libar el rojo licor del homicidio, embriagados con el cáliz de la venganza, ó fascinados al falso brillo de una gloria criminal, van perdiendo la propicia compleción física y moral con que al mundo los trae la Providencia. Los jivaritos de esta escuela aun no habían perdido los encantos de la niñez, y por cierto opimos frutos habrían dado á su tiempo, si Dios no hubiese dispuesto las cosas de otra manera.

Cuando mejores resultados prometía la escuela, con el amparo, entusiasmo y ejemplo personal del capitán Timasa; cuando éste se mostraba más decidido por los misioneros y su obra de civilización, que él comprendía perfectamente bien, siquiera desde el punto de vista material, cayó enfermo en 1889; y en lo mejor de una vida juvenil y robusta, rodeada de una atmósfera de gloria y fama inmortales á los ojos de sus compatriotas, en estado en que el hombre todo se promete, menos la muerte, se eclipsó para siempre la luz de sus ojos.

Los jívaros, según costumbre, se congregaron al redor del cadáver, para decretar la venganza de la muerte del capitán, contra los que suponían ser autores

de ella: pagando luego los últimos honores fúnebres á sus restos mortales, abandonaron la casa, la escuela y á los misioneros, y se retiraron á inmensas distancias.

Sepultóse, pues, con el capitán Timasa, la escuela de su jivaría.

Al año siguiente, después de vencer no pocas dificultades, los misioneros lograron establecer la escuela denominada la Ermita, cuyo principal protector fué el jívaro Kuamara. Funcionaba con éxito satisfactorio; y daba pie á bien fundadas esperanzas, tanto que el reverendo P. Alberto Delgado escribía las siguientes líneas: «Cuanto me contristan los macaveos, otro tanto me consuelan mis jivaritos. Es inexplicable el júbilo y ternura que uno siente al oírles cantar y rezar en su propia lengua, cada día con más aprovechamiento. Saben ya de memoria el Catecismo, el *Padre nuestro*, el *Ave María*, los Mandamientos de la ley de Dios y los de la Iglesia, varias máximas del Evangelio y el persignarse, todo en jívaro...»

Aunque Kuamara no siempre correspondió á la confianza de los misioneros, sin embargo llevaban éstos adelante su obra apostólica, y varios jivaritos llegaron á decorar sus lecciones. Con el fin de perfeccionarlos en la lectura y la doctrina cristiana, los misioneros imprimieron, por primera vez en lengua jívara, un *catón* que debía servir de texto en adelante en esta escuela y otras que se deseaba fundar. Los misioneros habían enseñado á leer á sus discípulos en grandes letras hechas á mano: y al ver el nuevo catón en letra chica, de molde, con muchas páginas, y en su propia lengua, saltaron de gozo los sencillos escolares del desierto.

Pero Kuamara preparaba una traición: habíase comprometido emprender la guerra contra los kanduashis, para vengar la muerte de varios parientes suyos, que habían perecido en la última expedición contra el capitán Nankijukima; debía, por tanto, abandonar á los misioneros, separar á todos los niños de la escuela, y diseminarlos en diferentes puntos y á largas distancias.

Al mismo tiempo un acontecimiento terrible hundió fatalmente en la nada, de un solo golpe, el rudo cuanto penoso trabajo de cuatro años de los misioneros.

Dormíamos cuatro Religiosos y tres sirvientes en la gran casa de Macas, centro de la Misión, situada junto á la iglesia, sobre la Colina Sagrada, que conocen ya nuestros lectores; era la una de la mañana del día 16 de Diciembre de 1891, y sin saber cómo las llamas de un fuego abrasador devoraban rápidamente, como secas aristas, la alta techumbre de paja de la casa Misión. Los misioneros despertamos entre las llamas; y apenas tuvimos serenidad de vestirnos á la ligera y huir precipitadamente.

Acordéme al momento del Dios Sacramentado que yacía en el tabernáculo, expuesto al voraz incendio; de ese Dios Redentor, consuelo del misionero y firme esperanza de su solitaria vida; y cúpome la gloria de estrecharlo á mi pecho con ternura y filial cariño, y sacarlo de la ya incendiada iglesia. Apenas había salido de ésta, un abrasamiento total y feroz convirtió la casa é iglesia en un inmenso y luminoso faro, cuyas llamas competían con las del formidable Sangay.

Pocas horas después, la Colina Sagrada quedaba coronada de cenizas.



## ZAMBOANGA (Filipinas)

*Disposiciones de los infieles de la península de Sibuguey y de Basilan para abrazar el Cristianismo.—La conversión de la raza mora es difícil, si no cambian las circunstancias, las cuales pueden y deben cambiar.*

El R. P. Pío Pi, de la Compañía de Jesús, escribe desde Zamboanga al R. P. Juan Ricart, superior de la Misión, el 20 de Noviembre de 1894:

LA costa oriental de la península de Sibuguey, siguiendo después, si se quiere, hasta Dumanquilas, punto medio, á poca diferencia, entre Zamboanga y Cotabato; la costa occidental de la misma península hasta Punta Gorda, donde dobla al N. E., ó tal vez hasta Talingan, á la entrada de la bahía de Sindangan, á donde ya llegan los trabajos de los Padres de Dapitan y Dipólog; y por fin, toda la isla de Basilan con sus adyacentes; bien lo sabe V. R., ese es el campo, ó mejor los tres campos, que tenemos abiertos para la conquista de los infieles. ¡Quién tuviera toda la libertad y todos los medios necesarios para poner en ejecución un plan general de campaña, que veríamos de trazar en el plano de tan vasto territorio!

No trato de averiguar, ni podría decir con precisión, las leguas longitudinales de costa, ni el número siquiera aproximado de infieles que todo esto representa, aun sin meternos tierra adentro, y sin contar una sola de las isletas adyacentes más ó menos pobladas. Contentémonos con saber que en dicha extensión lineal pulula, contando muy á la ligera, un total de más de ciento veinte rancherías ó agrupaciones de infieles conocidas por sus nombres, las cuales se reparten en número poco más ó menos igual las tres porciones de nuestro campo.

A uno y otro lado de la península de Sibuguey están muy entremezcladas las agrupaciones de moros con las de subanos.

De Basilan é islas adyacentes, todos los pobladores infieles son moros, como es sabido: sámales ó de la costa, y yacanes ó del interior, que son los más, con algunos, muy pocos moros illanos, que se han introducido en alguna ranchería, como la de Maluso, y algunos joloanos.

De la disposición de todos estos infieles para recibir nuestra santa fe voy á decir lo que me parece con la brevedad posible. Tengo á los subanos por de conquista fácil y segura. Todo está en que un misionero se vaya á vivir entre ellos, y se dedique asiduamente á su trato y catequización con la conveniente libertad de trabas y quisquillas, que sin ninguna razón ó por no sé qué pueriles temores se suscitan á veces, si no por el Gobierno, por ciertas personas, acaso excesivamente prudentes, ó por los mandarines é intérpretes, llevados de sus miras particulares. Si el misionero no puede establecerse en medio de los mismos infieles, sino sólo visitarlos con más ó menos detenimiento y frecuencia, supuesto que de ordinario viva lejos, los adelantos han de ser, de tejas abajo, mucho más lentos.

Cuanto á la evangelización de los moros, ya es la cosa otro cantar. Y bien se echa de ver que cuando se trata de esta raza indómita y tenaz, que tiene su religión positiva, con sus panditas encargados de conservarla, su civilización, como algunos dicen, siquiera

sea repugnante y grosera, su carácter dominante, que difícilmente se sujeta á nadie, su organización propia, su independencia efectiva, la simpatía, benevolencia y más ó menos encubierta protección de ciertos elementos extranjeros, la consideración poco menos que de potencia, y el reconocimiento de hecho de ordinario y hasta ahora al menos de los más irritantes privilegios y exenciones de parte del poder dominador, contra quien, levantisca siempre y en guerra declarada á menudo, no ha sido ó no se ha dado nunca por vencida ó subyugada de veras; bien se echa de ver, digo, que tratándose de esta raza, la obra de la evangelización haya de ser más difícil si no cambian las circunstancias.

Y poniendo aquí punto y aparte, quiero insistir en esta última palabra *si no cambian las circunstancias*, que quiera Dios cambien un día, porque indudablemente podrían cambiar, y si se atendiese como fuera debido á lo que reclaman de consuno el bien de la Religión y el de la patria, habían de cambiar.

Se ha dado por algunos en sentar como verdad inconcusa que los moros, salvo algunas excepciones, siempre muy contadas y que para nada merecen ser tenidas en consideración, *son inconvertibles al Cristianismo*. Pero aparte de que cada una de sus almas tomó Cristo muy en consideración, pues por cada una dió su sangre, la proposición es absolutamente falsa, porque los pueblos son como los hombres, criados por Dios sanos, como dice San Buenaventura, en el estado de inocencia, ó en condición de sanar por la penitencia, y esto ha creído siempre la Iglesia, y conforme á esta creencia, á ninguna raza ó nación del mundo ha excluido de su celo apostólico. La proposición es absolutamente falsa, porque aun sin salir de Mindanao, la experiencia prueba lo contrario. Véase, sino, si convertían moros nuestros Padres antiguos, es decir, los de antes de la salida de la Compañía, en este Sur de Mindanao. Véase si nuestra nueva Misión, desde el año 65 acá, con su solo esfuerzo, y á pesar de las contrariedades, ha conseguido y va consiguiendo algo en Tamontaca, y si se muestran tan hurañas al trato de aquellos Padres y á aquel establecimiento, como asimismo al Gobierno español, las rancherías del Río. ¿Que esto anda despacio? No siempre se logra la conversión de un pueblo en masa con su rey al frente, como la de Recaredo y toda la nación visigoda; será lo más común obtenerla lenta y gradualmente por individuos y familias, con tiempo y con trabajo constante. Si los trabajos apostólicos de la antigua Compañía no hubiesen quedado aquí interrumpidos por todo un siglo, y en gran parte inutilizados, por lo mismo; ¿quién puede decir que ya no fuese cristiana la mitad ó más de toda esta morisma? Ahora mismo acaban de bautizar los Padres de Dávao en menos de tres meses, con otro mucho mayor número de infieles, á más de mil moros. Y ¿son los moros inconvertibles?

Puede que me dijese aquellos señores que ésos son moros de otra clase, ó que las circunstancias de lo de Dávao son muy distintas. Y á lo primero, yo recogería desde luego la confesión de que hay alguna clase de moros no inconvertibles, y entraría en mayor sospecha de si puede haber otras como ésa. Y si quisiesen decir que los moros del seno de Dávao conservan menos que otros la pureza de su raza y sangre, por haber habido



entre ellos más cruzamientos con otras razas, no lo negaré, porque no tengo este punto estudiado, pero diré que en todo Mindanao están los moros ya muy cruzados con toda clase de indios, á quienes en todos tiempos esclavizaban, casándose con sus mujeres y aumentando así con ellos y con su prole el número de sáopes de las rancherías; aparte de que (y esto es más radical y concluyente) hoy ya es sabido y muy averiguado que la tan decantada raza mora en su mínima parte está compuesta de verdaderos malayos, pues lo fueron solamente los ascendientes de los actuales sultanes, datos, sherifes y panditas en general, siendo toda la restante población sencillamente naturales de varios puntos de nuestro archipiélago.

No queda, pues, sino replicar á lo de la reciente

yugo de Jesucristo que las esparcidas por otros puntos? Nuestro P. Gisbert, que ha estado allí tantos años y tan conocedor es de toda aquella variedad de razas, como también ahora el P. Urios, podrían responder cumplidamente á esta pregunta sin duda. Yo me inclino á creer que esto se debe á la mayor incomunicación en que han vivido los moros de Dávao, y su consiguiente libertad de perniciosas influencias interiores y exteriores. En efecto, parece que ningún trato tienen con los de Lanao, ni con los del río Grande, ni con los de la bahía Illana; y que á los emisarios malayos, que por aquí tenemos el disgusto de ver tan á menudo, venidos por Borneo y Joló y á los que se llaman, séanlo ó no lo sean, peregrinos de la Meca, apenas se les ha ocurrido hasta ahora visitar á los moros del Seno; y sabido es



NORUEGA.—Parte de Cristianía. (Pág. 376)

conversión de tantos moros en Dávao, que aquello está en circunstancias distintas de las demás regiones de Mindanao ocupadas por moros. Y esto sí que puede que sea verdad; pero entonces conste que la supuesta imposibilidad de convertir á esos infieles no está en que sean moros, sino en las circunstancias en que se hallan. Y conste una vez más, pues precisamente porque lo entendía yo así expresé arriba mi deseo, la posibilidad y la necesidad de que cambien dichas circunstancias, para que la evangelización de los moros se haga no ya posible, sino mucho menos difícil, y á la larga más fácil acaso que la de las demás razas indígenas.

Y ¿cuáles son las circunstancias en que se ha hallado ó se halla la morisma del seno de Dávao, que han podido hacer de ella una gente más dispuesta á recibir el

que todos éstos son los que vendiendo Koranes y otros libruchos, y aun esparciendo entre los mismos indios cristianos estampas indecentes, fomentan el Islamismo. Con que los moros de la región de Dávao se habrán criado menos moros que los otros, menos levantiscos, menos tenaces y menos pagados de su *morería*, y por lo que se ve han dado mucho menos que hacer al Gobierno de la nación, que los puede tratar como al resto de los indios, sin aquellas consideraciones y exenciones tan odiosas; y proceder con ellos sin la indecisión ó vacilación, que se nota demasiado á menudo en las relaciones con los moros de aquí, de allá ó de acullá, y sin aquel excesivo *tencontén*, y muy parecido, á juzgar por los hechos, á la connivencia, á la simpatía ó al miedo, como si detrás de cada chisme con moros ame-



nazase surgir un conflicto internacional. Y esto es más que nada, bien se ve, lo que envalentona á esta gente sin fe, sin conciencia, sin honra, sin palabra, sin patria, y poco menos que sin rey ni Roque que los gobierne, y lo que les aferra, más que en sus creencias, en su actitud y conducta rebelde á todo yugo religioso ó político, y que contra lo que debiera ser, les da todavía como cierta consideración y ventajas materiales positivas. Es significativo por demás el hecho, no tan raro en las rancherías más ó menos vecinas, de pasarse á vivir con los moros, y como los moros adoptando también el traje moro y no sé si nombre moro, algunos indios cristianos, deseosos de sacudir los impuestos, vejámenes ó responsabilidades civiles ó penales que pesan sobre ellos, de campar por sus respetos y de cambiar como quien dice y permítase la ironía, el fuero común por el privilegiado. Gracias á Dios y á nuestras dignísimas Autoridades superiores, parece que empieza á aplicarse otro sistema. La campaña del Norte, dirigida á lo que parece con inteligencia y aplomo, franca y decididamente, á la sumisión efectiva de los moros de la laguna de Lanao y de la hahía Illana, y por otra parte la novísima Circular de la Intendencia General de Hacienda, noble, patriótica, cristiana, digna de toda alabanza, que viene á imponer á los moros de todas las rancherías un tributo, siquiera por de pronto mínimo, más adelante proporcionado, han de despertar en el corazón de todo misionero de Mindanao, y en particular en el nuestro de los del Sur, muy halagüeñas esperanzas. Y si terminada felizmente la conquista de Lanao procediese el Gobierno de la nación á imponerse con

toda la conveniente eficacia, ya por el prestigio últimamente ganado, ya por la persuasión, ya por la fuerza, á las rancherías del Río, de Basilan y de Joló; y la Administración concluyese sujetándolas todas á las leyes generales de tributación y prestación personal: y se procediese con constancia aunque gradualmente á hacerles extensivo el régimen municipal y judicial, ni más ni menos que á los otros indios, hasta borrar la memoria de los nombres con que se designan los grados de sus jerarquías; indirectamente cuando menos se cerrase ó se estrechase bien la entrada á estas posesiones españolas á los mercaderes malayos y musulmanes de propaganda de donde quiera que vengan... ¡ah! ya veríamos entonces, claro como la luz del día, si los moros de Mindanao son ó no son reducibles al Cristianismo.

Hoy por hoy, pues, no se achaque ni á firmeza de convicciones ó invencible tenacidad de los moros, ni á falta de celo ó habilidad de los misioneros, sino á otras causas el no estar bautizados la mayoría de los moros de Joló, Basilan, Cotabato y Zamboanga.

Pero el mayor de todos los obstáculos para la evangelización de los moros no ha sido todavía, á mi modo de ver, alguna de aquellas causas, ni aun todas ellas juntas, como poderosas solamente para inutilizar en todo ó en parte el fruto de los trabajos evangélicos de los misioneros, supuesta su actividad y su constancia. El obstáculo mayor ha sido otro, directamente opuesto á esta misma actividad y constancia, y que parece había de acabar con todas las energías de los misioneros. Tal ha sido la preocupación misma que estoy combatiendo, en que han pagado desgraciadamente tributo personas



NORUEGA.— Exterior de la iglesia de San Olaf, en Cristianía. (Pág. 378)



de las más influyentes en la metrópoli, á quienes se oye á todo lo que se refiere á Mindanao y archipiélago joloano.

No habiendo unión de ideas, de voluntades y de acción entre la cruz y la espada, no es posible, moralmente hablando, la conversión de los moros de estas regiones. Porque ¿qué podían hacer en este Sur de Mindanao con los moros nuestros misioneros, aun cuando hubiesen sido muchos más en número, sino recibir, catequizar, preparar y bautizar á los que se les entrasen por sus puertas, ó en sus excursiones la casualidad, cristianamente hablando la Providencia, les presentase, y pudiesen atraer con la conversación, ó á los que en hospitales y cárceles se dejasen persuadir, puestos en el trance de la muerte ó hechos más reflexivos por su triste situación, ó á los que nos ofreciesen, consintiendo ellos, algunas familias de cristianos antiguos que los adoptaron como hijos ó criados? Pues todavía hicieron más. Con sus solos esfuerzos y recursos y limosnas, de aquí y de allá recogidas, levantaron en Tamontaca un establecimiento que podríamos llamar de reclamo, á donde se pudiesen refugiar los moros libertos de ambos sexos, y se criasen, educasen y después de cristianos, *tratasen* matrimonio tanto aquéllos como los demás hijos de moros, que, atraídos, digámoslo así, por las comodidades y baratura de la pensión (gratuita), se moviesen, á pesar de su fanatismo, á colocarlos allí, tal vez para caer, algunos padres también, ya en su edad provecta, vencidos del cariño filial, de aquel sosiego de vida, y sobre todo de la gracia de Dios, en manos de los misioneros pidiendo el bautismo y vivir como buenos cristianos el resto de sus días. Y el establecimiento se hubo de levantar dos veces porque fué consumido de las llamas la primera; y se hizo la segunda, aunque con los trabajos y dispendios que en aquella soledad es fácil de colegir, con solidez que puede verse, apenas usada en estas tierras, compuesto de tres cuerpos de edificio: la iglesia, la casa de varones dirigida por los Padres y Hermanos, y la de mujeres, por las Madres del Beaterio, con sus escuelas las dos y sus pequeños talleres. Se adquirieron y pusieron en cultivo vastas extensiones de tierra, convertidas hoy en sementeras de palay, maíz y otros vegetales de consumo diario, y en plantaciones de cocos y caña dulce, y en pastos para los numerosos ganados de vacas y carabaos. Y se abrió su trapiche para extraer el azúcar, y funciona allí siempre que es menester un horno de cal y de ladrillo y obra de arcilla. Y los muchachos, sin desatender su cultura intelectual proporcionada y la más esmerada y cristiana de su espíritu, van todos los días á sus horas á la sementera ó al taller, con que bien vestidos y alimentados aunque criados en humildad y bien disciplinados, robustecen el cuerpo y contraen unos hábitos de trabajo que la mayor parte de los indios por aquí no tienen, y de decoro no tan comunes. Las muchachas por su parte reciben una crianza y una educación semejante, adecuada á su sexo y clase, hasta que contraen santo matrimonio, ya con uno de los acogidos en la casa, ya con otros antiguos ó nuevos cristianos, acrecentándose así la población cristiana en el pueblo, y esparciendo su semilla por aquellas cercanías.

Ya voy, Padre mío, á pasar á otro punto y terminar con él esta carta. ¿Qué trabajos conviene emprender primero con los infieles?

Por la parte del seno de Sibuguey me parecía conveniente que el Padre misionero de Las Mercedes, instalándose una temporadita en Curúan, se ocupase en procurar la consistencia y unificación en lo posible de las primeras cristiandades metidas entre subanos y moros, de Bitali, Taguite y Tamió, atraer á los subanos de allí, instruirlos por sí mismo en cuanto pudiese ó confiarlos á la instrucción de un maestro y una maestra de confianza, y así preparar la formación de un pueblo grande y el establecimiento de una nueva Misión, ó allí mismo ó en el mismo Curúan, porque el crecimiento progresivo de Las Mercedes, de Manicahán y Bólong me parece que pronto no va á permitir á un solo misionero alargarse tan arriba.

En la contracosta está desde luego en formación una agrupación de subanos en Malayal, hoy Erenas, que el P. Quintana, misionero de Ayala, visita con bastante frecuencia. Hemos ayudado á que se estableciese allí la muy buena maestra que fué del disuelto Nueva Reus, que ha puesto escuela de niñas como su marido de niños, y esto y algunos cristianos y subanos bautizados de Nueva Reus será la levadura, tal vez, de un nuevo pueblecito, si el Padre puede pasar allí, como creo podrá, algunos días cuando vaya.

Mucho más lejos, en esta misma costa, se ofrece ahora ocasión de fundar pueblo, que es en el fondo del grande y abrigado seno ó ensenada y hermosas y fértiles llanuras de Sirauay, no lejos del puerto de Santa María, punto que parece tiene además la ventaja de ofrecer fácil comunicación por tierra con el seno de Sibuguey, y que tal vez por el río la tendrían no difícil con Siocon, nuestra antigua Misión, que conserva aún restos de las obras de nuestros Padres. Están animados á trasladarse allá, estimulados al parecer por los mismos subanos y calibuganes y por lo atractivo del sitio, una porción de familias de Ayala y algunas de Santa María que harían tal vez un total de doscientas cincuenta personas. Dice que harán luego conventito para el Padre, si V. R. se lo da. El proyecto es halagüeño, y parece se ha de fomentar; pero para ir de Ayala allá ó de allí á Ayala, van á ser menester hasta tres días de viaje en vinta cuando la mar está buena, lo cual es poco menos que condenar al Padre y al Hermano á una perpetua soledad. ¿Cómo hay que secundar ó facilitar esto que parece ofrecería gran porvenir?

Finalmente, en Basilan parece que los cuidados del misionero, además del pasto espiritual de la Cabecera, han de dirigirse á fomentar la población cristiana en la visita de San Pedro de Gibauan, que también es muy hermosa y se prestaría para mucho, como ya lo está haciendo el P. Cavallería, yendo allá á menudo, procurando maestros y maestras de escuela, levantando, ayudado de Pedro Cuevas, iglesita y conventito, para que las ventajosas condiciones en que vivan los cristianos, sean poco á poco estímulo á aquellos moros á abrazar nuestra Religión. El Padre ha conocido también por sí mismo que es conveniente dejarse ver por los habitantes de las demás rancherías de la isla, toda ella, y ahora lo podrá ir repitiendo más; y si en algún punto in-



termedio entre La Isabela y San Pedro de Guibauan, que está bastante lejos, ó en la parte Oeste de la costa, no á mucha distancia, se pudiese situar alguna familia cristiana de confianza, para ver de dar comienzo á algunos centros más, no creo que haríamos poco. Los Padres de la antigua Compañía tenían en varios puntos de la costa Norte de la isla, capillitas á la vista de Zamboanga, y claro que cada capillita suponía una pequeña cristiandad. Como allí hay terrenos muy fértiles, fácilmente iría alguna que otra familia zamboanguena á engrosar dichos grupos. En Panigayan el señor gobernador D. José Romero ha puesto recientemente una escuela. Vamos á ver si los niños, y más aun los padres moros, le van perdiendo el miedo. ¿Podemos hacer por ahora algo más?

### LAS CATARATAS DE KHONE EN LAOS

El R. P. Lazart, misionero en el Cambodge (Indochina), describe en los siguientes términos la excursión que hizo á las cascadas del Mekong y á las cataratas del Khone:

**T**IEMPO ha deseaba ver las cataratas del Khone, ese Niágara asiático en miniatura, y visitar las islas del Alto Mekong, para estudiar la fundación de un nuevo puesto, desde el cual pudiésemos comunicarnos con nuestros misioneros del Laos.

El 2 de Marzo, después de haber orado en la iglesia de Kratie, límite extremo de la navegación á vapor en la estación seca, emprendimos la marcha en una barca que pasó rozando las rocas que erizan el fondo del río.

Luego vimos los salvajes phnongs, cuyo traje no puede ser más sencillo (*V. el grabado de la pág. 369*), y que son víctimas de la codicia de innobles comerciantes que los arrebatan para venderlos. Sí, á pesar de la presencia del Residente francés, se efectúa la trata, en menor escala que diez años há, es cierto, pero al fin se efectúa.

Multitud de cambodgianos, con los gobernadores á la cabeza, emprenden expediciones en las tierras de los salvajes, se apoderan de ellos y los venden á los malayos, hermanos de los árabes de Africa, que se enriquecen con los sudores de estos infelices.

El 5 de Marzo abandonamos Sambor, última estación militar francesa, donde convendría fundar una cristiandad.

Sentéme como pude en la barca, para leer algo interesante y útil. Tomé de mi reducida biblioteca de viaje las *Fundaciones de Santa Teresa*, que es el *vademecum* del misionero fundador de estacionos. ¡Cuántos episodios conmovedores!

Llega de noche á una ciudad donde nadie la quiere, ni eclesiásticos ni seglares; compra un mal edificio sin tener dinero ni cosa que lo valga; comparte su único jergón con sus dos compañeras, é intitula esta locura: *Fundación de Burgos, de Sevilla*, etc. ¿No me sucede á mí algo parecido? Nunca me sobra un céntimo para mis fundaciones, y desde este punto de vista la semejanza es perfecta; pero diferimos en los caminos y los

medios. Santa Teresa obraba milagros, y yo no. La semana última el jefe de los anamitas de la provincia me propuso que le comprase su casa para convertirla en iglesia en el centro de una población salvaje. Quiere hacerse cristiano, y confía atraer á sus súbditos. Convenimos en que me cederá la casa y el huerto por cuatrocientos francos. Y ahora ¿donde hallaré esta suma? Según costumbre acudiré á nuestro procurador; pero, por desdicha, según me escribió estos días, su caja está poco menos que exhausta.

El 6 de Marzo llegamos á Ka-Phlon. En Sambor el Sr. Gornier Laroche había puesto á mi disposición una barca y cuatro percheros, pues á causa del considerable número de cascadas se cambia el sistema de navegación, y en vez de remar se impulsa la barca con la percha.

Desde la ventanilla de la embarcación vimos paisajes admirables. Mientras comía nuestra gentes, altamos á la ribera para visitar á los kuis, raza que habita aquellos parajes y que trabaja el hierro. Allí hay el árbol incomparable de la Indochina, el *yao* (el árbol del aceite). ¡Magníficas columnas lisas de veinticinco á treinta metros de altura, coronadas por frondosas ramas! Después de estos gigantes el árbol más notable es el algodonero silvestre, *briodendron orientalis*, el *ko-prey* cambodgiano. El fruto contiene filamentos finos y sedosos. Tengo la convicción de que si se tejiesen estos hilos delicados, se obtendría una tela de una belleza y suavidad poco comunes.

El 7 de Marzo pasamos la noche junto á las cascadas de Prea-la-Peán: el ruido nos impidió conciliar el sueño, y partimos á la madrugada.

Al medio día vimos una aduana: Siam tiene aquí instaladas, á ambas orillas del río, sus oficinas de percepción de derechos. Todo el personal debía estar durmiendo, pues nadie nos dijo nada. Dejamos á los felices aduaneros, y entramos en las aguas del Laos, para acampar en la isla de Ca-Kroi.

El 9 vimos las hermosas montañas de Phnom-Cambor (montes de cal). El inmenso río, que tiene unos dos mil metros de ancho en su parte inferior, corre aquí por un canal de ochenta á cien metros. Las orillas no son de fina arena, sino de agudas rocas que sobresalen un metro del nivel de las aguas.

El día 11 á las diez nuestra barca llegó al pueblo de Ca-Thom, cerca de las cascadas, y al anochecer á la aldea de Ca-Sdam, término de nuestro paseo y nuestro objeto definitivo. Pedí al jefe Mi-Sroc, un guía que nos mostrase las cataratas que se oyen á lo lejos. Visitamos primero el paso de Pla-Sdam, y luego la catarata de Pla-Pheang, que es terriblemente bella. Aquel gran río cae de veinte metros de altura. El espectáculo es indescriptible, y no puede menos de exclamarse con el Rey-Profeta: «Los ríos, Señor, hacen oír tu voz.»

Regresamos por otro paso, el Pla-Sahon, por donde pueden bajar los buques tres meses del año. Allí el punto de vista es soberbio: en aquel caos, que causa vértigos, las ondas se estrellan contra un informe montón de rocas. El espectáculo debe ser menos bello, ó por lo menos ofrecer un carácter muy distinto, en la estación





LA VICTORIA DE CONSTANTINO POR LA INVOCACIÓN DE LA SANTA CRUZ

(Gran cuadro de un célebre artista)

Ayuntamiento de Madrid



de las lluvias, cuando están sumergidas las rocas y no oponen obstáculos al libre curso de las aguas.

El día siguiente nos dirigimos hacia la parte superior del río. Cruzamos en barca una inmensa bahía sumamente pintoresca, rodeada por algunos cerros que ofrecen el más bello panorama. Entramos en el paso Sam-Preamil, y al cabo de dos horas de navegación tocamos en las rocas que se elevan á doce ó quince metros sobre

Fundar allí una Misión hermana de Thank-Mau sería dar vida á aquella inmensa soledad; pero la cuestión de recursos me lo impide. Se requieren algunos miles de pesetas para construir una modesta choza, desbrozar el bosque, proporcionar búfalos á mis catecúmenos, y ayudarles á vivir durante algunos meses. Buscadme algún bienhechor generoso que quiera ser fundador de esta nueva cristiandad. Para empezar contaríamos en se-



CAMBODGE.— Salvajes phnongs. (Pág. 371)

el lecho del río. Subimos á ellas, y nos dimos cuenta, en medio de aquel mar, de lo que debe ser en la época de las grandes lluvias. Anduvimos á pie tres cuartos de hora, y llegamos al pueblo de Khone, que da su nombre á las cataratas que habíamos visitado. Las riberas del río en Khone son muy bajas; el nivel varía allí muy poco, y cualquiera se creería en una isla del Ródano en el mes de Mayo. Las márgenes más abajo de las cataratas tienen unos quince metros de altura en la estación seca, y sin embargo están cubiertas de agua cuando llegan las inundaciones. Pocos ríos hay en el mundo que puedan tener, como el Mekong, crecida de quince metros.

En cortas jornadas y arrastrados más bien por la corriente de las aguas que por el trabajo de los hombres, llegamos á la residencia de Sambor.

Las familias cristianas esparcidas por estos parajes, avisadas de mi regreso, vinieron á saludarme. Numerosas familias paganas, errantes por los alrededores, me pidieron eligiese terreno donde instalarme, prometiendo que edificarán sus habitaciones junto á la mía para aprender las oraciones y hacerse cristianos.

guida con ciento cincuenta habitantes. Muchas ciudades han tenido principios más modestos.

El 22 de Marzo un vapor nos condujo á Thanh Mau, donde terminó mi viaje.

## FLORES DE COREA

POR UN PADRE DE LAS MISIONES EXTRANJERAS

### IV

Coloma Kang, mártir.— 1801

COLOMA Kang nació en la provincia de Nai-po, de una familia de seminobles, como se llama en Corea á aquellas cuya nobleza ha sido empañada por una alianza plebeya. Sus parientes, sin embargo, habían conservado todos los privilegios de las familias de distinción: su padre llevaba el bonete de crin, signo distintivo de alta nobleza, y podía aspirar á los cargos y empleos secundarios del reino.

Coloma estaba dotado de una naturaleza superior: su espíritu, penetrante y ávido de saber, la impulsaba á



estudiar los libros chinos que trataban de filosofía y religión; y la educación que recibió de su padre, unida á las bellas cualidades de su alma, la distinguían sobre todas sus compañeras. Abrigaba grandes deseos de ser virtuosa, abrazando al efecto toda las prácticas religiosas de los bonzos, y aun formó el propósito de abandonarlo todo para vivir en la soledad de una pagoda.

Apenas salida de la infancia la dieron en matrimonio, según costumbre del país, á un hombre de igual nobleza, ya viudo, de carácter muy distinto y educación no poco descuidada. Su espíritu mezquino y sus maneras duras y groseras fueron fuente perenne de disgustos para aquella joven tan distinguida.

En Corea, como en todos los países donde la Religión no ha sacado á la mujer de su estado de abyección, es tenida ésta en tan poca cosa en la sociedad y en la familia, que ni siquiera es libre de manifestar sus preferencias en cosa tan importante como el matrimonio, sucediendo á veces que durante las ceremonias del casamiento ve por vez primera al que ha de ser su marido.

El objeto del coreano al casarse no es elegir una compañera á quien dedicar su afecto, sino más bien adquirir una esclava sumisa á todos sus caprichos. Nunca, pues, hay cordialidad entre los esposos, ni esa confianza que se funda en la estimación recíproca.

Llegado el día fijado, arregláronle el cabello en lo más alto de la cabeza, según costumbre de las mujeres casadas; saludó solemnemente ante la familia reunida á su marido, que había tomado asiento en un pequeño estrado, y efectuado así el casamiento, partió hacia la casa conyugal.

La rudeza de aquel hombre fué para Coloma manantial de continuos disgustos. Su suegra, mujer de carácter brusco y violento, no contribuía por cierto á mantener la paz entre ambos esposos. Sin embargo, Coloma resolvióse á ganarle con la dulzura. Por entonces fué cuando oyó hablar de la Religión «del Señor del cielo.»

Este nombre excitó su curiosidad, y quiso saber qué era esta Religión desconocida. Leyó varios libros, y comprendió que solamente en ella se hallaba la verdad. Empezó á practicarla, según las luces y conocimiento que de ella tenía, con fervor admirable, y propúsose además convertir á su marido y á toda su familia. Con frecuencia les hablaba de las bellezas de la Religión cristiana, exhortándoles á bautizarse, y logró la conversión de su suegra. Poco después se convirtieron también los padres de la joven.

Era el año 1791, y varios confesores de la fe gemían en las prisiones, víctimas de la persecución. Coloma, cuyo valor aumentaba con el peligro, llevábales alimentos, por lo que se la condujo á la presencia del gobernador. Este, admirado de la firmeza de la valerosa cristiana, creyó que nada adelantaría con atormentarla, y la despidió sin hablarle siquiera de apostasía.

Su marido, asustado por el celo que aquélla mostraba por la Religión, y temiendo hallarse envuelto en serios compromisos, la despidió de su casa.

Hallándose entonces libre, partió para la capital, donde con su suegra y un hijo de su marido trabajó para que entrase el P. Tsiu en Corea.

Muchas jóvenes resolvieron imitar á Coloma en sus buenas obras, y una de ellas, Agata Iun, espontáneamente consagró á Dios su virginidad. Como en Corea una joven no es libre de elegir estado, huyó de su casa y refugióse en la de Coloma, á la que ayudaba en la educación de las niñas.

La mortificación de Agata era extraordinaria, y á veces exclamaba:

—¡Cuán feliz sería si un día pudiese yo ser mártir como mi Patrona!

La otra compañera de Coloma llamábase Bibiana Mun. Desde la edad de siete años su belleza y su inteligencia precoz llamaron la atención de los emisarios palaciegos, que tenían el encargo de reclutar jóvenes para el servicio de la corte. Fué educada con esmero en el palacio del Rey. Aunque estas jóvenes por su estado tienen que guardar perpetua continencia, corren grandes peligros en medio de una corte pagana.

La madre de Bibiana, que era católica, estaba inconsolable por la condición de su hija, á causa del peligro de perder la fe. No lamentaba menos la joven el verse privada de servir á Dios con toda libertad.

Un día sintió súbitamente vivo dolor en la cabeza, y perdió el sentido: agravándose cada vez más, la volvieron á su madre para que la cuidase. Como su vida corría grave peligro, la bautizaron, y el día siguiente estaba curada. Por una especie de milagro, cada vez que un médico ó un empleado del rey la visitaba, se le ponía rígido y como muerto un brazo ó pierna, de suerte que cansados de prodigar sus desvelos á una enferma incurable, la hicieron borrar de la lista de las jóvenes de palacio, y de este modo recobró Bibiana su libertad. Quiso dedicarse á Dios más especialmente y retiróse al lado de Coloma.

Estas tres cristianas empleaban el tiempo sirviendo al sacerdote, y formando á las jóvenes y las mujeres en la virtud. Creíanse al abrigo de la persecución, pues las leyes coreanas menosprecian á la mujer, y no la juzgan responsable de sus actos ante los tribunales á causa de la debilidad natural de su sexo. La rabia de los perseguidores, empero, no se detuvo ante barrera alguna. Los satélites lanzados en persecución del P. Tsiu prendieron, contra todos los usos, á Coloma y á los de su casa. Sus dos compañeras habían tenido tiempo de ponerse en salvo dos días antes.

Si en todas partes la cárcel es una mansión muy triste, en Corea es lugar horroroso. Los presos yacen allí entre las inmundicias, sufren el hambre y la sed, y se ven atormentados por asquerosos insectos.

Coloma no se abatió por los duros tratamientos de los carceleros ni por los suplicios de los interrogatorios. Tratada como rebelde, fué sometida á crudelísimos tormentos para obligarla á descubrir el domicilio del sacerdote. Hasta seis veces le hicieron sufrir el atroz suplicio de la dislocación de los huesos. Después de atarle las piernas á la altura de las rodillas y de los tobillos, los verdugos pasaron por ellas dos palos que forzaron en sentido opuesto. Durante esta espantosa tortura Coloma guardó silencio y parecía insensible, hasta tal punto que los soldados del pretorio decían entre sí:

—¡Es un genio y no una mujer!

Repetidas veces dejó maravillados á los jueces por su



elocuencia y valor, dando pruebas tan claras de la verdad y del origen divino del Cristianismo, que sostenía con argumentos sacados de los libros de Confucio y de otros filósofos paganos, que los mandarines quedaban estupefactos viendo tanta ciencia en una débil mujer. Llamábanla sabia y sin par; y decían «que les cortaba la respiración» con sus oportunas réplicas. Mas el odio á la verdad tuvo más fuerzas en aquellos espíritus cobardes é inconsecuentes, y adoptaron todos los medios para arrancar un acto de apostasía á Coloma. Dios sostuvo á su fiel sierva.

Por permisión de la divina Providencia pronto fueron presas las compañeras de Coloma, y aherrrojadas en la misma cárcel. Las piadosas jóvenes, olvidando el horror de su suerte, trocaron aquel lugar detestable en una morada de paz y oración. Alentábanse mutuamente, y exhortaban á los otros confesores á seguir con generosidad el camino del martirio.

Cierto día Coloma vió de lejos á su hijastro Felipe, preso como ella, y que al parecer había flaqueado en los tormentos del interrogatorio.

—Hijo mío, le gritó, ten valor: Jesucristo te contempla. No te ciegues ni quieras perderte. ¡Animo, y piensa en la dicha del cielo!

Fortalecido por esta exhortación maternal, Felipe se mantuvo firme, y recibió algunos meses más tarde la corona del martirio.

El juez que interrogó á Bibiana, conmovido por su juventud y belleza, le dijo:

—¡Cómo! ¿tú que fuiste educada en el palacio con tanto esmero, puedes seguir una Religión tan mala y prohibida por el Rey? ¿Quieres, pues, morir tú también en los suplicios?

—Deseo ardientemente, respondió Bibiana, dar la vida por el Dios á quien sirvo.

Sorprendióle al mandarín tanta firmeza en joven tan tierna, y resolvió vencer por todos los medios de seducción que estaban á su alcance. Mas viendo que nada adelantaba con la dulzura, la hizo atormentar, y mandó que la apaleasen. La sangre que brotaba de las heridas de la animosa mártir convertíase en flores que se elevaban hacia el cielo según una piadosa tradición. Este prodigio llenó de admiración al mandarín, quien prohibió á los satélites que lo publicasen, conminándolos con severísimas penas.

Agata Iun imitó también el valor de sus compañeras, y con igual paciencia sobrellevó las mismas torturas. Tanta virtud y firmeza hubiera enternecido á jueces menos crueles, ó por lo menos debiera haberles hecho reflexionar sobre la naturaleza de una Religión capaz de producir semejantes heroínas. Pero el odio ciego que les animaba les hizo, al contrario, infringir las costumbres del país, y así condenaron al último suplicio, como rebeldes de la peor especie, á aquellas jóvenes cuyo solo crimen era su inocencia de vida y su adhesión á la fe cristiana.

El 3 de Julio de 1801 Coloma y cuatro de sus compañeras salieron de la cárcel para ir en carreta al lugar del suplicio. Durante el trayecto se exhortaron recíprocamente, y cantaron las alabanzas del Señor. Los cu-

riosos quedaron sorprendidos viendo la serenidad con que aquellas mujeres iban á la muerte.

Llegadas al lugar de la ejecución, Coloma, que no había perdido su sangre fría, se volvió hacia el mandarín, y por un sentimiento delicado de pudor cristiano le dijo:

—Las leyes prescriben que se despoje de sus vestidos á los condenados al último suplicio; pero eso sería inconveniente tratándose de mujeres. Así, pues, advertídselo al juez, y decidle que deseamos morir vestidas.

El oficial no pudo negarse á la petición de esta mujer modesta, y accedió á su piadoso deseo.

Coloma adelantóse la primera y puso su cabeza en el tajo, hizo la señal de la cruz, y el verdugo le cortó la cabeza. Sus cuatro compañeras recibieron asimismo la corona del martirio. Bibiana Mun estaba radiante, y cuando la cuchilla cayó sobre ella y sobre Agata Iun, salió de la herida sangre blanca como la leche. Aunque este hecho es extraordinario, pudo Dios renovar en favor de aquellas jóvenes vírgenes el prodigio que hizo en Roma cuando el martirio de Santa Martina, virgen.

Los cuerpos quedaron algunos días expuestos á la lluvia y al sol, y fueron hallados intactos é incorruptos. La sangre era fresca y roja como si acabase de ser vertida.

Así voló hacia su celestial Esposo, á la edad de cuarenta y un años, la ferviente Coloma, cuya vida y glorioso triunfo parecen una página transcrita de la historia de las Catacumbas. Una prueba más de que Jesucristo es siempre la fortaleza de sus Mártires, y de que hoy como ayer, en Corea como en Roma, su gracia alienta á los pequeñuelos y débiles hasta los sacrificios más sublimes, y les da la victoria sobre el infierno y sus secuaces.

## EXCURSIÓN APOSTÓLICA EN NORUEGA

POR EL ILMO. FALLIZE, OBISPO DE ELUSA

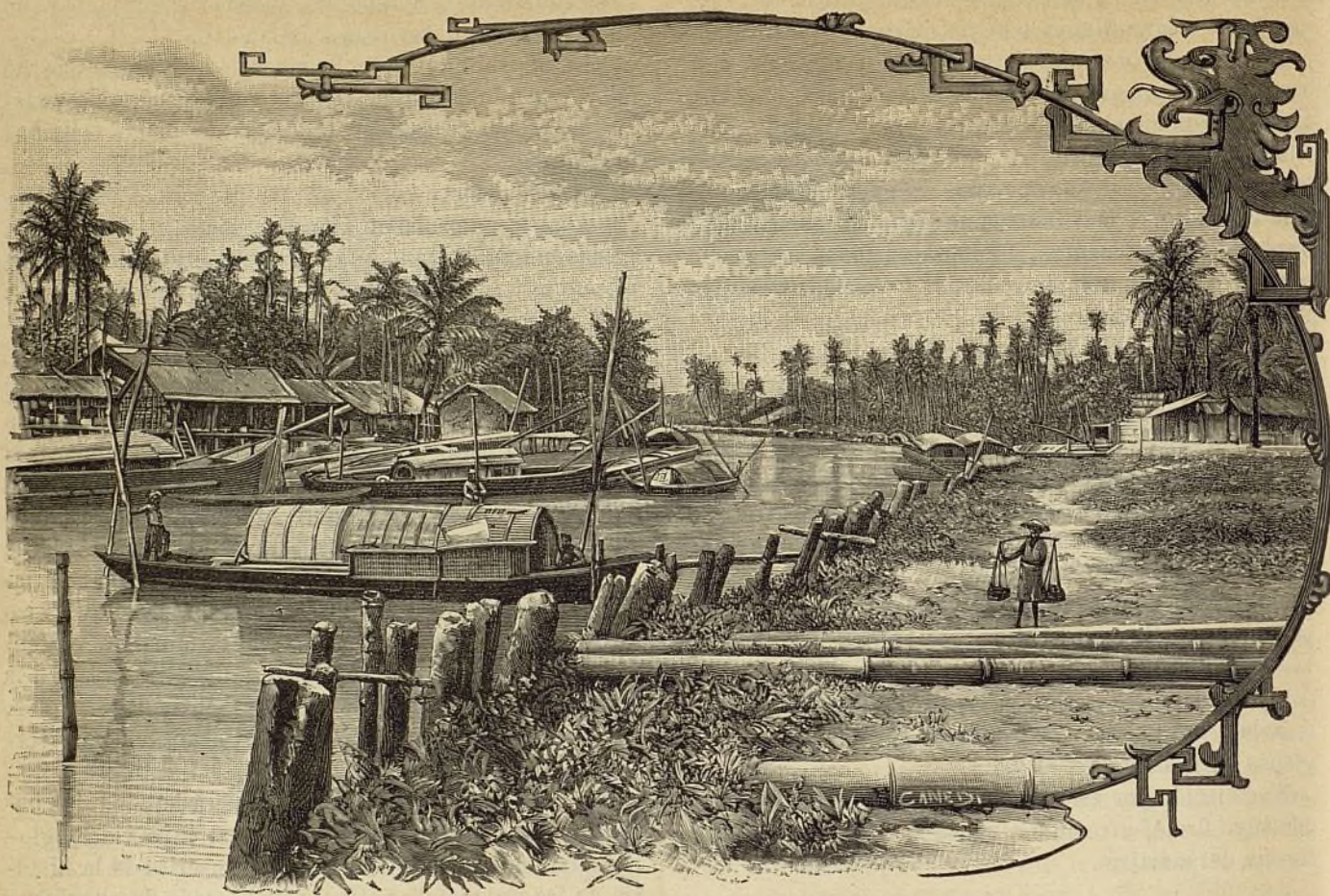
### VIII

*Grandes ciudades de la Noruega Meridional.—Cristianta.—Disolución de costumbres en los países escandinavos, consecuencia del Protestantismo.—Movimiento hacia el Catolicismo.—Cristianta y la iglesia de San Olaf.—Atractivo de las ceremonias católicas.*

**L**AURVIK, capital de la provincia del mismo nombre, situada á inferior nivel que el Farrisfand, entre este lago y el mar, cuenta doce mil habitantes. Ocupa magnífico sitio no lejos de la embocadura del río Laagen, en el Laurviksfjord, y posee el único bosque de hayas de Noruega. El pino y el abeto son los árboles que más dominan en nuestros bosques; siguen en importancia el abedul y el olmo. La encina sólo se halla en el Sud de Noruega, y aún allí es muy raro. Empero encuéntranse hasta el Trondhjem el manzano, el cerezo y el peral, y el grosellero, la fresa y el frambueso llegan hasta el cabo Norte.

Más allá de Laurvik vemos, siempre á orillas del mar, Sandefjord (4,250 habitantes), con baños de agua sulfurosa, salina y ferruginosa; Tønsberg (7,500 habitantes), la ciudad más antigua de Noruega, que ya





CAMBODGE.—Orillas del Mekong. (Pág. 371)

existía en tiempo de Harald Haarfagre, y envía anualmente más de cincuenta embarcaciones á la caza de la ballena y de la foca en el Océano Glacial, y últimamente hasta en las regiones antárticas; y Holmestrand (3,500 habitantes), que tiene baños muy frecuentados. ¡En ninguna parte hay iglesia ni capilla católica!

Al cabo de cinco horas de marcha el tren nos deja en Drammen (*V. el grabado de la pág. 365*), ciudad de 21,000 habitantes, pintorescamente situada en la embocadura del Drammenselv en el Drammensfjord, que es un brazo del Cristianiafjord. La ciudad debe su prosperidad al comercio de madera, que exporta por más de ocho millones de francos al año. De aquí parten las líneas del ferrocarril de Kongsberg, de Krøderen y de Randsfjord, en donde viven multitud de católicos sin sacerdotes y sin capilla.

En Drammen, en todas partes, se me hace la misma pregunta:

—Ilustrísimo señor, ¿cuándo tendremos por fin una capilla y un sacerdote? ¿Qué será de nuestros hijos y de nosotros mismos si continuamos en este abandono?

—Rogad á Dios, tengo que contestarles, que venga en auxilio de nuestra pobreza; por mi parte nada puedo hacer.

Después de haber dispensado los auxilios de nuestra santa Religión á estas pobres ovejas, emprendí el viaje hacia Cristianía. El tren subía la costa, permitiéndome abarcar de una sola mirada, como desde lo alto de un balcón, esta gran ciudad, con su admirable fjord salpicado de multitud de islas, y el sinnúmero de buques y barcas que surcaban las aguas.

Cristianía, capital de Noruega y sede del Vicario apostólico (*V. el grabado de la pág. 368*), en los tiempos primitivos, conocida con el nombre de Oslo, era residencia de un Obispo católico. En 1686 los habitantes la incendiaron para que no cayese en poder de los suecos, y desde entonces, reedificada sobre nuevo plan, progresó rápidamente, siendo ahora una ciudad de ciento setenta y cinco mil habitantes, que rivaliza con las más bellas del continente. No satisfecha con ser la residencia del Rey cuando visita su reino de Noruega, de ser la sede del Gobierno, de la Cámara de Diputados y de una Universidad floreciente, ha desarrollado admirablemente su industria. Su flota mercante cuenta cuatrocientos buques. El valor de su comercio de exportación: madera, arenques, fósforos, avena, cerveza y hielo, excede de treinta y cinco millones de francos, y el de su importación, de cien millones de francos anuales. Sus fábricas y sobre todo sus talleres de construcciones navales, son de excepcional importancia. Encuéntrense allí naturalmente todo el esplendor y todas las miserias de las ciudades modernas: por una parte un lujo desmedido, la vida de los teatros y cafés cantantes, un culto desenfrenado de las bellas artes y las letras, y por otra un proletariado de socialistas y anarquistas.

En Cristianía, como en las ciudades noruegas en general, la disolución y su compañera la impiedad, no se atreven aún á desafiar la opinión pública; pero las costumbres no son por esto más puras. La población de Noruega es presa de la inmoralidad, si bien es mayor



la de Dinamarca y sobre todo la de Suecia. El Protestantismo ha causado, bajo este respecto, estragos irreparables en Escandinavia, y por esto allí las conversiones son mucho más difíciles que en país pagano. No sólo estos protestantes no comprenden la superioridad del Catolicismo á pesar de que viven aún de la antigua civilización católica, cuyos beneficios atribuyen al Protestantismo; no solamente están imbuídos, desde su infancia, en increíbles prevenciones contra nosotros; sino que es sobre todo la ley, más que la fe católica, lo que les asusta. Esta ley pueden admirarla, sí; pero no se resuelven á someterse á ella. Lutero les enseña que á aquel que tiene fe no se le imputa el pecado; les dice que las buenas obras carecen de valor, y que el hombre es libre de toda autoridad. ¿Cómo, con tales principios, inclinar fácilmente su voluntad bajo el yugo del Señor?

Gracias á Dios, adviértese en la actualidad una fuerte reacción hacia el Catolicismo, y contamos ya muchos sabios teólogos que repudian abiertamente los

de la Iglesia, y trabajan con todas sus fuerzas por desarraigar las añejas prevenciones contra la Iglesia madre. Posible es que el retorno de estos nobles pueblos del Norte al amoroso regazo de la Iglesia católica se haga esperar aún mucho tiempo. Pero cuando un día estos países escandinavos con sus poblaciones inteligentes y enérgicas vuelvan á la Religión católica, formarán su fuerza y su gloria.

El cardenal Manning, arzobispo de Londres, cuando á mi paso por aquella ciudad fuí á pedirle consejos, me dijo:

—Si se comprendiese el espíritu verdaderamente religioso de los pueblos del Norte, habría mayor interés por su regreso al Catolicismo. Debo preveniros contra una tentación que os asaltará sin duda. Viendo que en Noruega las conversiones se obtendrán solamente una á una, dudaréis quizá de vos mismo, creyendo que vuestro método de evangelización nada vale, ó juzgaréis que todo trabajo con este pueblo es inútil, sobre todo teniendo á la vista lo que sucede en Inglaterra. Ciertamente aquí son muchas las conversiones, pero su número



CAMBODGE.—Aldea á orillas del Mekong. (Pág. 371)

principios luteranos y los combaten en sus obras. Así un doctor en teología, cuya autoridad nadie contradice, el Sr. Krogh-Tonning, ha publicado recientemente, en parte á expensas de la Sociedad Científica de Cristianía, obras que, excepción hecha de su doctrina sobre la jerarquía, debían calificarse de católicas. Estos teólogos y ministros protestantes van más lejos todavía: oran y hacen orar por el restablecimiento de la unidad

no corresponde absolutamente á lo que podría esperarse de los enormes medios de que dispone en el Reino Unido la Iglesia católica. Si hacemos progresos relativamente grandes, sobre todo en Londres, débese principalmente á la fecundidad de las familias irlandesas. Además, el Catolicismo nunca se extinguió entre nosotros, mientras que en Noruega no ha tenido más vida que en las prevenciones de las masas, sin contar que el Anglicanismo



está mucho más cerca del Catolicismo que vuestro Luteranismo noruego. La Iglesia católica, por último, tiene desde hace tiempo en la Gran Bretaña un Episcopado y un clero numeroso, muchos conventos y familias católicas tan ricas como influyentes, mientras que en vuestra Misión, nacida ayer, vos, simple sacerdote y prefecto apostólico, sólo hallaréis ocho estaciones, todas recientes, con docena y media de sacerdotes, casi todos extranjeros, y algunos centenares de católicos, la mayor parte pobres y desprovistos de influencia.

El malogrado Cardenal tenía razón, y sin su oportuna advertencia tal vez me hubiera descorazonado.

Volviendo á Cristianía, confieso que no es cosa fácil describir nuestra capital, pues sería indispensable tener la verbosidad del poeta y el pincel del artista, no porque sea rica en monumentos, sino por el magnífico sitio que ocupa al pie de una colina cubierta de abetos, elevándose en anfiteatro al extremo Norte del Cristianiafjord, el cual al acercarse á la ciudad se ensancha y disemina por doquiera infinidad de pequeños fjords. Al ponerse el sol de un día de verano, si contempláis esos millares de casas y ese mar sembrado de islas florecientes, cubiertas de quintas y reflejando los matices violetas, purpúreos y azulados del cielo; ó cuando á bordo de uno de nuestros buques de excursionistas, os deslizáis entre estos islotes y penetráis en el laberinto, inextricable en apariencia, de esos pequeños fjords con sus entradas ocultas por bosques silenciosos, no echaréis de menos ni Nápoles ni los Dardanelos, y convendréis conmigo que nunca visteis nada tan bello. Y cuando al salir de la ciudad os internáis en los bosques de las alturas que la dominan y desde las cuales se ven las cordilleras que se extienden hasta el corazón de Noruega, respiráis ese ambiente del mar y de las montañas, embalsamado por el aroma de los abetos, difícilmente podréis sustraeros á tales encantos. Pero abandonadlos antes que el invierno, con su sudario de nieve y con sus nieblas interminables, venga á empañar su brillo, y trocar vuestros sueños de paraíso en gemidos arrancados por los reumatismos de que Noruega es pródiga en esta época.

Cerca del centro de la ciudad hay el oasis católico, formado por la iglesia de San Olaf, la casa parroquial y los establecimientos de la Misión. Dicha iglesia (*V. el grabado de la pág. 369*), que hace las veces de catedral y de iglesia parroquial, fué construída en 1856 gracias á la generosidad de la reina Josefina de Suecia y Noruega, que era católica, y á los sacrificios de algunas familias católicas que se hallaban á la sazón en la capital. Es de estilo gótico y de los más bellos de la ciudad; nuestros fieles trabajan para embellecerla más y más. Así en 1892, cuando mi consagración episcopal, vinieron á ofrecerme cuatro mil francos, suma enorme atendida su pobreza, para que adornase la iglesia con vidrios pintados, en recuerdo de la erección de Noruega en vicariato apostólico.

El mismo año los señores se reunieron para formar una rama de la Obra apostólica en favor de las iglesias pobres. Merced á sus esfuerzos y á los de nuestra So-

ciudad de canto, tenemos el consuelo de celebrar los Oficios divinos con perfección poco común. Imposible es dar idea del atractivo que las magníficas funciones litúrgicas de nuestra Santa Iglesia ejercen sobre el espíritu de los protestantes. Así, en los Oficios divinos centenares de protestantes se unen á los católicos, y rivalizan con éstos en recogimiento y devoción. Al principio sólo vienen por curiosidad; pero el encanto de las santas ceremonias y la palabra del predicador les conmueven: vuelven, empiezan por hacer discretamente la señal de la cruz; se mezclan entre los fieles para arrodillarse ante el Santísimo Sacramento sin ser notados, y más adelante aún durante los Oficios; compran un libro de oraciones y cánticos en noruego; toman parte en las oraciones y los cánticos, y por último se presentan, á veces al cabo de algunos años, al sacerdote pidiéndole ser admitidos á la instrucción particular, que dura meses y debe darse á cada uno individualmente, porque cada protestante tiene su religión peculiar. Esto se repite en todas nuestras iglesias. Es un verdadero apostolado, pues, el que ejercita esas obras para las iglesias pobres, que permiten al misionero dar á las funciones sagradas ese esplendor que tan bien traduce la doctrina y el espíritu de la Iglesia.

## CARTA ENCÍCLICA DE NUESTRO SANTÍSIMO PADRE EL PAPA LEÓN XIII SOBRE LA UNIDAD DE LA IGLESIA

—♦♦♦—  
Á NUESTROS VENERABLES HERMANOS LOS PATRIARCAS,  
PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS Y ORDINARIOS EN  
GRACIA Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA.

LEÓN XIII PAPA

VENERABLES Hermanos, salud y bendición apostólica: Bien sabéis que gran parte de nuestros pensamientos y de nuestras preocupaciones tienen por objeto esforzarnos en volver á los extraviados al redil que gobierna el Soberano Pastor de las almas, Jesucristo. Aplicando nuestra atención á ese objeto, Nos hemos pensado que sería utilísimo á tamaño designio y á tan grande empresa de salvación, trazar la imagen de la Iglesia, dibujando, por decirlo así, sus contornos principales y poner en relieve como su distintivo más característico y más digno de una especial atención la *unidad*, carácter insigne de la verdad y del invencible poder que el Autor divino de la Iglesia ha impreso en su obra. Considerada en su forma y en su hermosura nativa, la Iglesia debe tener una acción muy poderosa sobre las almas, y no es apartarse de la verdad decir que ese espectáculo puede disipar la ignorancia, y desvanecer las ideas falsas y las preocupaciones, sobre todo aquellas que no son hijas de la malicia. Puede también excitar en los hombres el amor á la Iglesia, un amor semejante á la caridad, bajo cuyo impulso Jesucristo ha escogido á la Iglesia por su Esposa rescatándola con su sangre divina. Pues Jesucristo amó á la Iglesia y se entregó El mismo por ella (*Ephes. v, 25*)



Si para volver á esta Madre amantísima, deben aquellos que no la conocen ó los que cometieron el error de abandonarla, comprar ese retorno desde luego, no al precio de su sangre (aunque á ese precio la pagó Jesucristo), pero sí al de algunos esfuerzos y trabajos, bien leves por otra parte, verán claramente al menos que esas condiciones no han sido impuestas á los hombres por una voluntad humana, sino por orden y voluntad de Dios, y, por lo tanto, con la ayuda de la gracia celestial, experimentarán por sí mismos la verdad de esta divina palabra: «Mi yugo es dulce y mi carga ligera. (Matth. XI, 30).»

Por esto, poniendo nuestra principal esperanza en el «Padre de la luz, de quien desciende toda gracia y todo don perfecto (Jac. I, 17),» en Aquel que sólo «da el acrecentamiento (I Cor. III, 6),» Nos le pedimos con vivas instancias, se digne poner en Nos el don de persuadir.

Dios, sin duda puede operar por sí mismo y por su sola virtud todo lo que realizan los seres creados; pero, por un consejo misericordioso de su Providencia, ha preferido, para ayudar á los hombres, servirse de los hombres. Por mediación y ministerio de los hombres da ordinariamente á cada uno, en el orden puramente natural, la perfección que le es debida, y se vale de ellos, aun en el orden sobrenatural, para conferirles la santidad y la salud.

Pero es evidente que ninguna comunicación entre los hombres puede realizarse, sino por el medio de las cosas exteriores y sensibles. Por esto el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana, El, que teniendo la forma de Dios, se anonadó, tomando la forma de esclavo, y haciéndose semejante á los hombres (Philip. II, 6, 7): y así mientras vivió en la tierra, reveló á los hombres, conversando con ellos, su doctrina y sus leyes.

Pero como su misión divina debía ser perdurable y perpetua, se rodeó de discípulos, á los que dió parte de su poder, y haciendo descender sobre ellos desde lo alto de los cielos «el Espíritu Santo de verdad,» les mandó recorrer toda la tierra y predicar fielmente á todas las naciones lo que El mismo había enseñado y prescrito, á fin de que, profesando su doctrina y obedeciendo á sus leyes, el género humano pudiese adquirir la santidad en la tierra, y en el cielo la bienaventuranza eterna.

Tal es el plan á que obedece la constitución de la Iglesia; tales son los principios que han presidido á su nacimiento. Si miramos en ella el fin último que se propone y las causas inmediatas por las que produce la santidad en las almas, seguramente la Iglesia es *espiritual*; pero si consideramos los miembros de que se compone, y los medios por los que los dones espirituales llegan hasta nosotros, la Iglesia es *exterior* y necesariamente visible. Por signos que penetran en los ojos y por los oídos, fué como los Apóstoles recibieron la misión de enseñar; y esta misión no la cumplieron de otro modo que por palabras y actos igualmente sensibles. Así su voz, entrando por el oído exterior, engendraba la fe en las almas: «La fe viene por la audición, y la audición por la palabra de Cristo. (Rom. x, 17).»

Y la fe misma, esto es, el asentimiento á la primera y soberana verdad, por su naturaleza está encerrada en

el espíritu, pero debe salir al exterior por la evidente profesión que de ella se hace: «pues se cree de corazón para la justicia; pero se confiesa por la boca para la salvación. (Rom. x, 10).» Así nada es más íntimo en el hombre que la gracia celestial que produce en él la salvación, pero exteriores son los instrumentos ordinarios y principales por los que la gracia se nos comunica: queremos hablar de los Sacramentos que son administrados con ritos especiales por hombres evidentemente escogidos para ese ministerio. Jesucristo ordenó á los Apóstoles y á los Sucesores de los Apóstoles que instruyeran y gobernaran á los pueblos: ordenó á los pueblos que recibiesen su doctrina y se sometieran dócilmente á su autoridad. Pero esas relaciones mutuas de derecho y de deberes en la sociedad cristiana, no solamente no habrían podido ser duraderas, pero ni aun habrían podido establecerse, sin la mediación de los sentidos, intérpretes y mensajeros de las cosas.

Por todas estas razones la Iglesia es con frecuencia llamada en las sagradas letras *un cuerpo*, y también *el cuerpo de Cristo*: «Sois el cuerpo de Cristo. (I Cor. XII, 27).» Porque la Iglesia es un cuerpo visible á los ojos; porque es el cuerpo de Cristo, es un cuerpo vivo, activo, lleno de savia, sostenido y animado como está por Jesucristo, que lo penetra con su virtud, como, aproximadamente, el tronco de la viña alimenta y hace fértiles á las ramas que le están unidas. En los seres animados, el principio vital es invisible y oculto en lo más profundo del ser, pero se denuncia y manifiesta por el movimiento y la acción de los miembros: así el principio de vida sobrenatural que anima á la Iglesia se manifiesta á todos los ojos por los actos que produce.

De aquí se sigue que están en un pernicioso error los que haciéndose una Iglesia á medida de sus deseos, se la imaginan como oculta y en manera alguna visible, y en aquellos otros que la miran como una institución humana, provista de una organización, de una disciplina y ritos exteriores, pero sin ninguna comunicación permanente de los dones de la gracia divina, sin nada que demuestre por una manifestación diaria y evidente la vida sobrenatural que recibe de Dios.

Ambas concepciones son igualmente incompatibles con la Iglesia de Jesucristo, como el cuerpo ó el alma son por sí solos incapaces de constituir el hombre. El conjunto y la unión de estos dos elementos es indispensable á la verdadera Iglesia, como la íntima unión del alma y del cuerpo es indispensable á la naturaleza humana. La Iglesia no es una especie de cadáver; es el cuerpo de Cristo animado con su vida sobrenatural. Cristo mismo, Jefe y modelo de la Iglesia, no está entero si se considera en El exclusivamente la naturaleza humana y visible, como hacen los partidarios de Focio ó Nestorio, ó únicamente la naturaleza divina é invisible, como hacen los Monosofitas; pero Cristo es uno por la unión de las dos naturalezas, visible é invisible, y es uno en las dos: del mismo modo su cuerpo místico no es la verdadera Iglesia, sino á condición de que sus partes visibles tomen su fuerza y su vida de los dones sobrenaturales y otros elementos invisibles; y de esta unión es de la que resulta la naturaleza de sus mismas partes exteriores.



Mas como la Iglesia es *así* por voluntad y orden de Dios, *así* debe permanecer sin ninguna interrupción hasta el fin de los siglos; pues de no ser así, no habría sido fundada para siempre, y el fin mismo á que tiende quedaría limitado en el tiempo y en el espacio; doble conclusión contraria á la verdad. Es por consiguiente cierto que esta reunión de elementos visibles é invisibles estando, por la voluntad de Dios, en la naturaleza y la constitución íntima de la Iglesia, debe durar, necesariamente, tanto como la misma Iglesia dure.

Y esta es la razón en que se funda San Juan Crisóstomo cuando nos dice: «No te separes de la Iglesia. Nada es más fuerte que la Iglesia. Tu esperanza es la Iglesia; tu salud es la Iglesia; tu refugio es la Iglesia. Es más alta que el cielo y más ancha que la tierra. No envejece jamás, su vigor es eterno. Por eso la Escritura para demostrarnos su solidez inquebrantable la llama una montaña. (*Hom. De capto Eutropio*, n. 6).» San Agustín añade: «Los infieles creen que la Religión cristiana debe durar cierto tiempo en el mundo para luego desaparecer. Durará, tanto como el sol; y mientras el sol siga saliendo y poniéndose, es decir, mientras dure el curso de los tiempos, la Iglesia de Dios, esto es, el cuerpo de Cristo, no desaparecerá del mundo. (*In Psalm. LXXI*, n. 8).» Y el mismo Padre dice en otro lugar: «La Iglesia vacilará si su fundamento vacila; pero ¿cómo podrá vacilar Cristo? Mientras Cristo no vacile, la Iglesia no flaqueará jamás hasta el fin de los tiempos. ¿Dónde están los que dicen: «La Iglesia ha desaparecido del mundo,» cuando ni siquiera puede flaquear? (*Enarrat. in Ps. ciii*, serm. II, n. 5).»

Estos son los fundamentos sobre que debe apoyarse quien busca la verdad. La Iglesia ha sido fundada y constituida por Jesucristo Nuestro Señor; por lo tanto, cuando inquirimos la naturaleza de la Iglesia, lo esencial es saber lo que Jesucristo ha querido hacer y lo que ha hecho en realidad. Hay que seguir esta regla cuando sea preciso tratar, sobre todo, de la unidad de la Iglesia, asunto del que nos ha parecido bien, en interés de todo el mundo, hablar algo en las presentes Letras.

Sí, ciertamente, la verdadera Iglesia de Jesucristo es una; los testimonios evidentes y multiplicados de las Sagradas Letras han fijado tan bien este punto que ningún cristiano puede llevar su osadía á con-

tradecirlo. Pero cuando se trata de determinar y establecer la naturaleza de esta unidad, muchos se dejan extraviar por varios errores. No solamente el origen de la Iglesia, sino todos los caracteres de su constitución pertenecen al orden de las cosas que proceden de una voluntad libre; toda la cuestión consiste, pues, en saber lo que en realidad ha sucedido, y por eso es preciso averiguar, no de qué modo la Iglesia podría ser una, sino qué unidad ha querido darle su Fundador.

Si examinamos los hechos, comprobaremos que Jesucristo no concibió ni instituyó una Iglesia formada de muchas comunidades que se asemejan por ciertos caracteres generales, pero distintas unas de otras, y no unidas entre sí por aquellos vínculos que únicamente pueden dar á la Iglesia la individualidad y la unidad de que hacemos profesión en el símbolo de la fe: «Creo «en la Iglesia una...»

«La Iglesia está constituida en la unidad por su misma naturaleza; es una, aunque las herejías traten de desgarrarla en muchas sectas. Decimos, pues, que la antigua y católica Iglesia es una, porque tiene la unidad de la naturaleza, de sentimiento, de principio, de excelencia... Además, la cima de perfección de la Iglesia, como el fundamento de su construcción, consiste en la unidad; por eso sobrepuja á todo en el mundo, pues nada hay igual ni semejante á ella. (*Clemens Alexandrinus*, Stromatum, lib. VII, cap. xvii).» Por eso, cuando Jesucristo habla de este edificio místico, no menciona más que una Iglesia, que llama suya: «Yo edificaré mi Iglesia.» Cualquiera otra que se quisiera imaginar fuera de ella, no puede ser la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Esto resulta más evidente aún, si se considera el designio del Divino Autor de la Iglesia. ¿Qué ha buscado, qué ha querido Jesucristo Nuestro Señor en el establecimiento y conservación de la Iglesia? Una sola cosa: transmitir á la Iglesia la continuación de la misma misión, del mismo mandato que El mismo recibió de su Padre.

Esto es lo que había decretado hacer, y esto es lo que realmente hizo: «Como mi Padre me envió, os envío á vosotros. (*Joan. xx*, 21).» «Como Tú me enviaste al mundo, les he enviado también al mundo. (*Joan. xvii*, 18).» En la misión de Cristo entraba rescatar de la muerte y salvar «lo que había perecido;» esto es, no solamente á algunas na-



COREA.— Dama noble. (Pág. 373)



ciones ó algunas ciudades, sino la universalidad del género humano, sin ninguna excepción en el espacio ni en el tiempo. «El Hijo del Hombre ha venido... para que el mundo sea salvado por El. (*Joan. iii, 17*).» «Pues ningún otro nombre ha sido dado á los hombres por el que podamos ser salvos. (*Act. iv, 12*).» La misión, pues, de la Iglesia es extender á los hombres de todos los países y de todos los tiempos la salvación obrada por Jesucristo y todos los beneficios que de ella se derivan. Por esto, según la voluntad de su Fundador, es necesario que sea única en toda la extensión del mundo y en toda la duración de los tiempos. Para que pudiera existir una unidad más grande, sería preciso salir de los límites de la tierra é imaginar un género humano nuevo y desconocido.

Esta Iglesia única, que debía abrazar á todos los hombres, en todos los tiempos y en todos los lugares, Isaías la vislumbró y señaló cuando, penetrando con su mirada en lo porvenir, tuvo la visión de una montaña cuya cima, elevada sobre todas las demás, era visible á todos los ojos é imagen de la Casa de Dios, es decir, de la Iglesia: «En los últimos tiempos la montaña, que es la Casa del Señor, será puesta en la cima de la montaña. (*Isai. ii, 2*).»

Pero esta montaña colocada sobre la cima de las montañas es única; única es esta Casa del Señor, hacia la cual todas las naciones deben afluir un día en conjunto para hallar en ella la regla de su vida. «Y todas las naciones afluirán hacia ella y dirán: «Venid, subamos á la montaña del Señor, vamos á la Casa del Dios de Jacob, y nos enseñará sus caminos y marcharemos por sus senderos. (*Ib. ii, 2, 3*).» Optato de Milevo dice á propósito de este pasaje: «Está escrito en la profecía de Isaías: «La ley saldrá de Sión y la palabra de Dios de Jerusalén.»

No es, pues, en la montaña de Sión donde Isaías ve el valle, sino en la montaña santa, que es la Iglesia, y que llenando todo el mundo romano eleva su cima hasta el cielo... La verdadera Sión espiritual es, pues, la Iglesia, en la cual Jesucristo ha sido constituido Rey por Dios Padre, y que está en todo el mundo, lo cual es exclusivo de la Iglesia católica. (*De Schim. Donatist.*, lib. III, n. 2).» Y he aquí lo que dice San Agustín: «¿Qué hay más visible que una montaña?» Y, sin embargo, hay montañas desconocidas que están situadas en un rincón apartado del globo... Pero no sucede así con esa montaña, pues que ella llena toda la superficie de la tierra, y está escrita de ella que está establecida sobre las cimas de las montañas. (*In Epist. Joan. tract. I, n. 13*).»

Es preciso añadir que el Hijo de Dios decretó que la Iglesia fuese su propio cuerpo místico al que se uniría para ser su cabeza, del mismo modo que en el cuerpo humano que tomó por la Encarnación la cabeza, mantiene á los miembros en una necesaria y natural unión. Y del mismo modo que tomó un cuerpo mortal único que entregó á los tormentos y á la muerte para pagar el rescate de los hombres, así también tiene un cuerpo místico único en el que, y por medio del cual hizo participar á los hombres de la santidad y de la salvación eterna. «Dios le hizo (á Cristo) jefe de toda la Iglesia, que es su cuerpo. (*Ephes. i, 22, 23*).»—(*Se continuará*).

## LA MISIÓN DE ISLANDIA

### I.

HACIA mediados del siglo XVI el rey de Dinamarca, Cristián III, después de intentar en vano, por medios de seducción y blandura, infiltrar en la isla de Islandia los errores de la Reforma y la rebelión contra el Romano Pontífice, apeló á las armas para imponer á viva fuerza la pretendida religión, que proclama sin embargo como lema fundamental la libertad de conciencia!

Envió barcos de guerra á bloquear sus costas; y aquellos isleños, que desde hacía seis siglos habían tenido á la Religión católica como Religión del Estado, y habían gozado de la paz que la guarda de sus mandamientos proporciona, á la sombra de abadías de Benedictinos y de conventos de hijos de San Agustín, no vacilaron en rechazar la violencia con violencia. Bajo el mando de su mismo Prelado el insigne Juan Arason, salió el reducido ejército islandés al encuentro de los enemigos de su Religión y de su independencia, y en varias ocasiones logró señaladas victorias; mas hubo en las filas un traidor, y el Obispo, que era el alma de los beligerantes, fué preso el 7 de Noviembre de 1550 y sacrilegamente decapitado. Murió como un héroe, como un mártir; mas con él se extinguió la jerarquía católica en Islandia.

Y pasaron años y pasaron siglos, y aquellas regiones circumpolares, casi apartadas de todo comercio humano y en las que se había apagado la luz del Evangelio, parecían condenadas á no estar iluminadas más que de tiempo en tiempo por las llamas y lavas de sus diez volcanes en actividad que se levantan entre otros varios, ya apagados ó dormidos bajo la nieve: parecía que sus terrenos basálticos habían recibido las maldiciones de las montañas de Gelboé, y que en vez de gozar del fecundante riego de la gracia, no podían contar sino con los manantiales de sus sulfateras, de sus manantiales de lodo en ebullición, y con los altísimos surtidores de sus *geysers*.

Mas Dios nunca abandona á sus hijos; y la solicitud de la Iglesia se extiende á todas partes, porque está continuamente aprendiendo caridad y abnegación del divino Pastor que, teniendo algo más seguras en el aprisco á sus noventa y nueve ovejuelas, va en busca de una sola que se le ha extraviado, y no descansa hasta encontrarla, por muy lejos que se haya ido, y hasta conducirla de nuevo al redil.

### II.

Compadecido Su Santidad León XIII del deplorable estado de aquellos isleños, pertenecientes durante tantos siglos al rebaño de la única verdadera Iglesia, encargó en 1895 al vicario apostólico Dinamarca, monseñor Juan Van Euch que fundara una Misión católica en Islandia. Partieron inmediatamente dos fervorosos misioneros y encontraron en aquel fin del mundo una hospitalidad y unas simpatías con que á la verdad no contaban. Pusieron manos á la obra, y en el pasado invierno han visto con grande consuelo de sus almas que los pro-



testantes (pues entre aquellos naturales sólo hay algun que otro católico recién convertido) llenaban dos veces por semana la casi derruida iglesia de los misioneros, y escuchaban con respeto la palabra de Dios: los jóvenes estudiantes han deseado oírles en el club que allí tienen, á lo que han accedido los misioneros; y gracias también á su celo, han participado de los auxilios de la Religión los marineros bretones que atrae periódicamente hácia aquellas costas la peligrosa pesca de la ballena.

Respecto al desarrollo de esta Misión, bueno es oír al mismo vicario apostólico de Dinamarca é Islandia, Mons. Van Euch, que en carta reciente se expresa en estos términos: «Desde el momento en que tenga á mi disposición los medios de substar á instalar á cuatro Religiosas, las enviaré inmediatamente á Islandia. Cuatro Hermanas de la Congregación de San José de Chambery, que están por ahora en Dinamarca, no esperan para ponerse en camino más que la limosna de los católicos, que les permita vivir y comenzar su obra de sacrificios para con los enfermos en sus casas, para con la gente de mar procedente de las costas francesas que tengan necesidad de sus cuidados, y para con los niños. Más tarde, cuando se hayan superado las primeras dificultades, cuando esté asegurado el porvenir de los misioneros y de las Religiosas francesas, avanzaremos mucho más; y pensaremos en establecer una leprosería, bastante necesaria en Islandia, en donde hay cerca de trescientos leprosos.»

Conspirando á este mismo fin, un sacerdote islandés de la Compañía de Jesús, el P. Sveinsson, misionero actualmente en Dinamarca, está llamando á las puertas de la caridad y la compasión para arbitrar los necesarios recursos que supone el planteamiento y desarrollo de una Misión en que hay que luchar no sólo con las pasiones de los hombres, ni sólo con las inclemencias del clima, sino con los horrores de la lepra.

### III

¿Qué tendrán que objetar los incrédulos ante la abnegación de aquel puñado de héroes y heroínas que dejan la tranquilidad, quizás la opulencia de sus hogares por la pobreza de la nueva Misión, y ponen en riesgo inminente la salud de sus cuerpos por lograr la salvación de aquellas pobrecitas almas? ¿Qué tendrán que decir los impíos contra la Iglesia, que lo mismo resiste á los más grandes como se abaja hasta los más pequeños? ¿Qué interés ó provecho de la tierra puede buscar en aquel campo de desolación y de muerte? ¿Qué honra ni fama han de pretender los que á esta penosa Misión se consagran, cuyos nombres y existencia no conocerá nadie en el resto del mundo, y cuyo heroísmo solamente tendrá por testigo á Dios, que todo lo ve porque está en todas partes?

Estas finezas de la caridad, cuya fuente perenne es el Corazón de Jesús, sólo es dado admirarlas en la Iglesia católica. No de otro modo ni por otro móvil se sacrifican también por sus cien leprosos del Estado de Luisiana, cinco Hermanas de la Caridad, secundando una sencilla insinuación del señor Arzobispo de Nueva Orleans.

La presencia de ese amor sobrenatural, que absorbe y dignifica en sí todos los demás legítimos amores, es también lo único que explica por qué una sor Rosa Gertrudis, en el mudo miss Amy Fowler, protestante convertida en la primavera de su juventud, estudia medicina en París con un fin sublime, bajo la dirección del insigne Pasteur, abandona su patria y se embarca en Londres con dirección á las islas Sandwich, en la Oceanía, para consagrarse al cuidado de los leprosos en la leprosería de Molokai, del célebre P. Damian. Y ese mismo amor al Corazón de Jesús y á nuestros semejantes, aun á los más desgraciados y repulsivos, es el que sostiene impertérritos en la leprosería de Ambohivoraka, en la isla africana de Madagascar, á nuestros Padres y Hermanos de la Compañía de Jesús.

Únicamente la caridad que brota del Corazón de Jesús y que se derramaba como un bálsamo de bondad divina sobre los leprosos de la Samaria y de Galilea, y los curaba con un solo acto de su omnipotente querer; únicamente la caridad del Corazón de Jesús, apoderándose de los nobilísimos pechos de cuantos trabajan y han de trabajar por la nueva Misión de Islandia, podrá arrostrar la aridez y la soledad de aquel suelo, teatro á veces de horribles cataclismos, las rapidísimas y peligrosas mudanzas meteorológicas de aquella atmósfera, y á más de la fetidez de las almas engañadas por los errores luteranos, fetidez de los cuerpos corroídos por la lepra.

Para la estabilidad y florecimiento de la Misión circumpolar, para la conversión de aquellas almas se reclaman los ruegos del Apostolado de la Oración: confiemos en la misericordia del Corazón de Jesús, que si hasta la Islandia y la Groelandia llegó un día el inmenso rumor de las Cruzadas que el Occidente arrojaba sobre el Oriente; con más facilidad aun llegará á aquella «isla de hielo» el fuego del Corazón de Jesús en alas de nuestras oraciones.

JULIO ALARCÓN Y MELENDEZ, S. J.

#### DETALLES SOBRE LA MUERTE DEL R. P. BERTHIEU

El Ilmo. Cazet, vicario apostólico de Madagascar, escribe desde Tananarive el 12 de Junio de 1896:

Por el correo del 12 de Junio envié á las *Misiones Católicas* la noticia del arresto del R. P. Berthieu y de su muerte, que acabábamos de saber sin ningún pormenor. Después se nos han comunicado las circunstancias de esta muerte cruel, que son como siguen:

Cuando los rebeldes *fahavalos* hubieron conducido al Padre fuera de la ciudad, andaba penosamente, y les suplicó que aflojasen un tanto sus ligaduras para que pudiese limpiar sus ojos cubiertos de sangre, pues no veía el camino.

—¿Qué nos importa que mueras? le contestaron, sujetándole aun más fuertemente, y llevándole al Oeste de Ambohitra.

Llegados á esta aldea, cuya iglesia y escuela habían sido pasto de las llamas pocos días antes, el P. Berthieu exclamó:

—¡Oh! ¿en dónde están los cristianos, mis hijos, para que sean testigos de nuestra última separación?



—Aun cuando estos cristianos estuviesen aquí, dijeron los enemigos, ¿morirían acaso en tu lugar?

Cogieronle en seguida por los brazos, y como no podía andar, lo arrastraron hacia el Norte y llegaron á la aldea de Ambiatibe, donde tenían el campamento. Allí se reunieron en *kabary* y deliberaron sobre la suerte del infeliz preso. Unos propusieron presentarlo á Rabozaka, su jefe, mientras otros, por el contrario, fueron de parecer que se le diese muerte en el acto.

Adoptaron este partido. El pobre Padre todo lo veía y oía: ¡qué terrible agonía! Arrastraronle entonces al Este de la aldea, hasta cerca de un río profundo, el Mananara, y le dispararon tres tiros de fusil, rematándolo á palos: luego echaron su cuerpo al río. El que escribió estos pormenores, termina su relato con estas palabras:

«Que el Señor nuestro Creador tenga piedad de los pecadores, pues el amor que les profesaba nuestro Padre y el deseo de su conversión han sido causa de su muerte.»

Sí, el R. P. Berthieu ha muerto víctima de su caridad. Hubiera podido, si hubiese querido, ponerse fuera de todo peligro. Dos ó tres días antes los oficiales le hicieron presente la conveniencia de refugiarse en la capital; mas no pudo resolverse á seguir su consejo: quería permanecer junto á sus queridos cristianos desterrados de sus pueblos, para alentarles, velar por ellos y hacerles todo el bien que pudiese. Confiaba, por lo demás, que si se viesen todos obligados á partir, serían suficientemente protegidos contra los rebeldes: su esperanza, empero, quedó defraudada.

Su muerte ha sido una gran pérdida para la Misión.

Hemos enviado á buscar los restos de este querido y llorado misionero; pero los cuatro católicos que se ofrecieron para esta obra de caridad, se nos dice que han caído en poder de los rebeldes.

## CRÓNICA

**Inglaterra.**—Se ha inaugurado en Londres la estatua del difunto cardenal Newmann, ante un escogido concurso de católicos ingleses, entre los cuales figuraban en primer término el cardenal Vaughan, el Duque de Norfolk, el Marqués de Ripon, lord Llandaff, el Ilmo. Patterson, obispo de Emmaus, Mr. W. S. Lilly, M. R. H. Hutton y otras notabilidades inglesas.

Esta estatua se debe á la iniciativa del Duque de Norfolk, quien fundó hace seis años el *Newmann Memorial Fund*.

Con el sobrante de la subscripción abierta se espera poder erigir una iglesia ó una capilla en memoria del difunto Cardenal, y fundar algunas escuelas que éste tenía en proyecto cuando le sorprendió la muerte.

Después de la ceremonia se pronunciaron varios discursos, entre los cuales fué muy notable el de M. Bryce, quien recordó la satisfacción y alegría experimentadas en Oxford cuando el Padre Newmann fué elevado á los honores de la púrpura.

**Filipinas.**—Cartas de Mindanao, una de las más hermosas islas de nuestro archipiélago filipino, relatan con verdadero entusiasmo la conquista civilizadora que los españoles están realizando en aquellas apartadas regiones, y se hacen muy bellos cálculos sobre los grandes bienes que, con la ayuda de Dios, han de nacer de esta campaña.

A la gloriosa batalla de Marahuit, que fué el golpe definitivo dado por España á los moros dueños de Mindanao, ha seguido una fructífera campaña de establecimiento y de evangelización,

de la que se muestran satisfechísimos lo mismo los misioneros que los elementos militares.

El país es una maravilla: su vegetación, exuberante y gigantesca, le hace riquísimo. Tiene muchas corrientes de agua y varios lagos, que se utilizan para el transporte con facilidad. Los indios mindanaos, sometidos hasta ahora al bárbaro yugo de los moros, son de suave y apacible condición, laboriosos, inteligentes y leales; se prestan gustosos á ser súbditos de España, y sin grandes dificultades aprenden la Religión cristiana y se aprovechan de los beneficios de la civilización. Los misioneros Jesuitas y Agustinos realizan allí una labor verdaderamente redentora, y á su consumada prudencia y á su inagotable caridad se debe en gran parte el buen éxito de la conquista, según confesión de los mismos conquistadores. Afortunadamente, todavía no han entrado en Mindanao esos misioneros protestantes que, trabajando por sus intereses comerciales, concitan el odio de los indios hacia los españoles, ocasionando sucesos sangrientos como los de las Carolinas; y de la previsión de las Autoridades es de esperar que no consentirán semejantes atropellos de la soberanía española.

Hasta ahora se han construido por los españoles en la isla de Mindanao varios fuertes y fortines, trochas y caminos militares, alguna que otra factoría, y gran parte de una línea férrea que ha de ser poderoso elemento de vida en el país. Los soldados viven allí muy contentos, trabajando con verdadero entusiasmo en aquella obra civilizadora, donde la cruz y la espada se unen amorosamente para honor de España y provecho de los pobres indios, sumidos hasta hoy en las tinieblas de la barbarie.

Cuando termine la acción militar puede comenzar en Mindanao una benéfica acción política y económica, encaminando hacia aquella hermosa tierra española la corriente de emigrantes que hoy agota las fuerzas de la Península, y que puede fundar en la isla pueblos trabajadores y honrados. ¡Dios quiera que tan dulce esperanza sea pronto una tangible realidad!

—Sobre la misma isla de Mindanao dice un periódico:

«Avanza la construcción del ferrocarril y ya funciona un trozo de él. Y los sultanes de la vecindad siguen dando pruebas de sumisión.

«Lo cual no evitará seguramente que cada seis ú ocho días tengan las guarniciones de los fuertes que habérselas con los moros que las atacan, ya juramentados, ya sin juramentar.

«Es allí la historia sempiterna. En la parte Sur de la isla, en Cottabato, llevamos medio siglo de ocupación definitiva, y eso es lo que pasa. Mas no por ello nos debemos asustar. Las cosas hay que tomarlas como son, y los territorios donde hay moros malayos, también.

«Lo que importa es acumular en esos territorios elementos que contrarresten la acción de los indígenas. Quince, veinte, treinta fuertes, y en ellos destacamentos de más ó menos fuerza, que no pueden salir del recinto fortificado ó del terreno protegido por los fuegos de la obra, servirán para asegurarnos el dominio nominal de la comarca, pero no el real y efectivo sobre ésta y sus habitantes...

«Es preciso aprovechar lo que da el país; concentrar junto á los fuertes verdaderos núcleos de población, formados por indígenas de Luzón y las Visayas, monteses de la misma Mindanao reducidos por los misioneros, esclavos huidos de las rancherías musulmanas y aun algunos moros amigos, con sus familias, amén de cierto número de chinos comerciantes, mal elemento, pero útil y por hoy insustituible. Además de esto se hace preciso favorecer por medio de concesiones especiales la instalación en el país de aquellos españoles de relativa cultura, espíritu industrial ó mercantil y escasos recursos, que empleando obreros indígenas (incluso monteses y moros) quieran hacerse un capital. Y aun á los extranjeros, con cierta prudencia y medida, podría admitirse en tal empresa colonizadora.

«Que esa es la misión del europeo en aquellos países; la de dirigir y enseñar á los naturales.

«Los Jesuitas de la Misión de Tamontaca entregaron á los *tirayes* de los montes vecinos algunos muebles de los que se hacen en Manila para que los copiaran. Poco después, con sus toscas herramientas, construían aquellos industriosos monteses sólidas



camas y mesas de narra y otras maderas del país, sillas y taburetes de bejuco y otros objetos que llevaban á vender á Cottabato.

«Los mismos Padres instalaron por entonces un trapiche, una alfarería, y plantaron cafetales y campos de caña. Así es como se civiliza.»

**Noticias varias.**—El Dr. D. Pedro Pablo Nantes está ensayando la curación de la lepra por medio de la seroterapia en el Lazareto de Agua de Dios (Colombia). Dicho día fueron inoculados cuarenta enfermos. Una carta de Agua de Dios del 23 de Mayo, dice: «Parece que marcha bien la seroterapia: los tubérculos desaparecen; la sensibilidad vuelve y la vista mejora. Hasta ahora no ha habido ningún incidente especial; en algunos un poco de fiebre, pero cosa pasajera. Hay inmenso entusiasmo. Todos quieren entrar en el tratamiento seroterápico. El Dr. Nantes está muy contento, y los enfermos lo están con él.»

—La Iglesia luterana en Prusia pierde terreno de continuo. Los indiferentes pasan al Racionalismo, los impíos al Socialismo y un buen número de creyentes vuelve al seno de la Iglesia católica romana.

El *Oberkirchenrath*, Consejo Superior eclesiástico, del cual el rey de Prusia es el *summus episcopus*, acaba de dar una carta pastoral á los pastores luteranos, invitándoles á velar sobre la propaganda católica, y les pide que indiquen por qué medios legales se podría combatir esta propaganda.

—El virtuoso misionero P. Moricó, que ha pasado veinte años entre los indios de Colombia británica, acaba de regresar á Francia para ocuparse en la publicación del diccionario del idioma de los pieles rojas.

Igual trabajo están llevando á cabo, respecto al idioma de los aborígenes, los Jesuitas en Alaska.

—Entre los jóvenes ordenados á quienes Mons. Combes, arzobispo de Cartago y primado de Africa, impuso las sagradas órdenes *extra tempora* el día de la Visitación de Nuestra Señora, llamaba principalmente la atención general el P. Roch-ben-Jblima, uno de los árabes huérfanos á consecuencia del hambre de 1867, á quien el mismo Primado recogió entonces y catequizó en San Eugenio cuando, á las órdenes del cardenal Lavignerie, arrancaba de la muerte á tantas desgraciadas víctimas. El P. Roch-ben-Jblima procede de una tribu de Aumale, ciudad en la que monseñor Combes pasó los años de su infancia.

—Un periódico católico holandés presenta la estadística siguiente: En el reino de los Países Bajos hay 96 casas de Religiosos, 66 de ellas sirven como parroquias y cuidan de 2,485 personas en los dos conceptos de beneficencia é instrucción, que se extiende á los sordomudos; hay 22 conventos (de monjas de vida contemplativa; Hermanas hospitalarias que cuidan á 12,000 personas y otras Religiosas de la enseñanza que la proporcionan á 122,270 alumnos.

## VARIEDADES

### LOS HECHICEROS EN EL GABÓN

**P**ARECE increíble el dominio que ejerce el diablo en las regiones infortunadas del Africa donde el Cristianismo ha penetrado apenas. De la carta de un misionero de Gabón, tomamos los siguientes párrafos:

«No quiero dejar en el tintero un rasgo que os probará cómo reina aún el demonio en estas tierras. El día en que nos pusimos en camino el mago ó sacerdote del ídolo anunció públicamente nuestros itinerario, nuestra marcha hacia el pueblo, cuántos éramos, y nuestra próxima llegada. Durante la noche anunció también el punto en que nos habíamos tendido á descansar, y el momento en que atravesábamos el río.

«Este hombre, vendido al demonio, mató tiempo atrás á su madre y á su primera mujer para hacer con los huesos y la sangre ofrendas á los muertos.

«Cuando quería consultar al espíritu infernal, y obtener riquezas, se dirigía á una casita lejos del pueblo, pintada de cal, embadurnada de rojo y sembrada de cráneos.

«Hoy muere, envenenado creo por un enemigo á quien hizo no poco daño. Por lo demás, este es el fin de casi todos estos magos: rara vez se convierten, aunque á menudo conocen perfectamente nuestra Religión.

«Conocí á uno que aborrecía á su mujer, la cual, por otra parte, le pagaba en la misma moneda.

«La desgraciada estaba moribunda. Quise ir á ins-tituirla, á convertirla y bautizarla si era posible.

«—Espera, me dijo el marido; si ahora muere, ¿irá al infierno, no es verdad?

«—Sí, pero no es seguro.

«—Espera; si en el momento de morir me odia de muerte, ¿se irá al infierno para siempre, no es verdad?

«—Es probable.

«—Bien; pues ahora, vete.

«Durante una hora empleé todos los recursos por ablandarle: promesas, ruegos, amenazas, nada valió. Me rechazó, cerró la puerta y se colocó al lado de la moribunda, abrumándola á injurias y sarcasmos, llevando la crueldad hasta el punto de ponerle en la mano un cuchillo del cual no podía servirse. La desgraciada expiró en un transporte de rabia queriendo dar una cuchillada á su verdugo.

«Una hora más tarde venía éste á buscarme.

«—Ha muerto ya, me dijo, ha muerto de rabia, y al morir ha querido matarme; he hecho todo lo posible para que se fuera al infierno. Creo haberlo conseguido; ¡estoy contento!»

¡He aquí uno de los magos del Gabón!

¡Es horrible!

## NECROLOGÍA

ILMO. COLOMBERT

obispo de Samosata y vicario apostólico de la Cochinchina Occidental

El Ilmo. Colombert nació el 19 de Marzo de 1838 en Santa María del Bosque, diócesis de Laval. Hizo sus estudios en los seminarios de Precigny y Mans, y luego en el de las Misiones Extranjeras de París.

Ordenado sacerdote en 1863, partió para la Cochinchina Occidental, donde brillaron sus excepcionales dotes de administrador, por lo que el vicario apostólico Ilmo. Miche le nombró procurador de la Misión y secretario. En 1872 el venerable Prelado le pidió como coadjutor, le consagró Obispo de Samosata, y á su muerte, ocurrida el año siguiente, le dejó de gobernador de la Cochinchina Occidental, de la que fué nombrado vicario apostólico.

Su largo episcopado ha sido una gloria para la Misión. Construyó una bella catedral y numerosas iglesias, y fundó escuelas, hospitales y diversas obras apostólicas, dejando al morir, en 31 de Diciembre de 1894, un gran vacío en el corazón de sus misioneros y de sus cristianos, que le amaban como verdadero padre.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona